



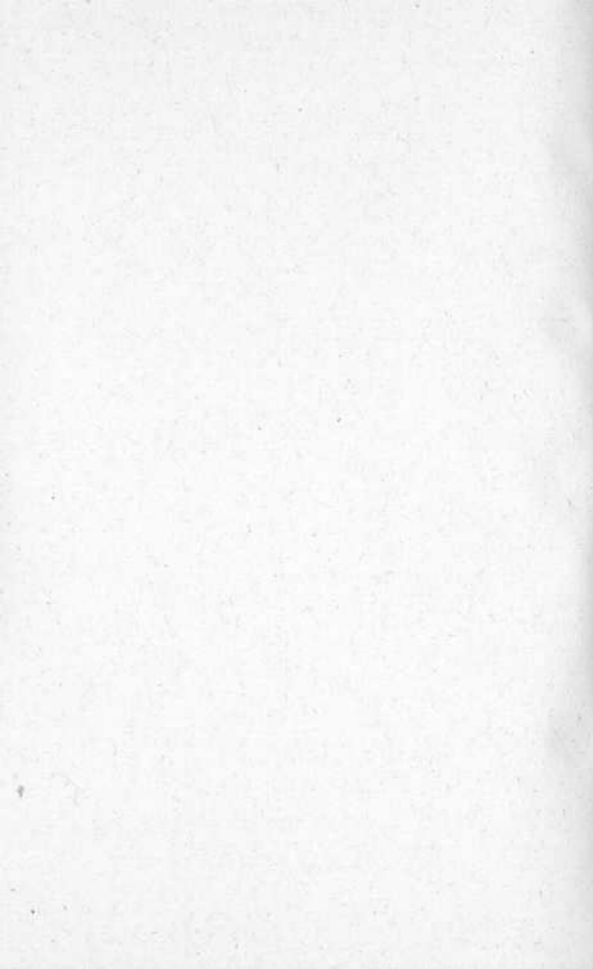




DGC
A

C. 1173508

Tot. 138880

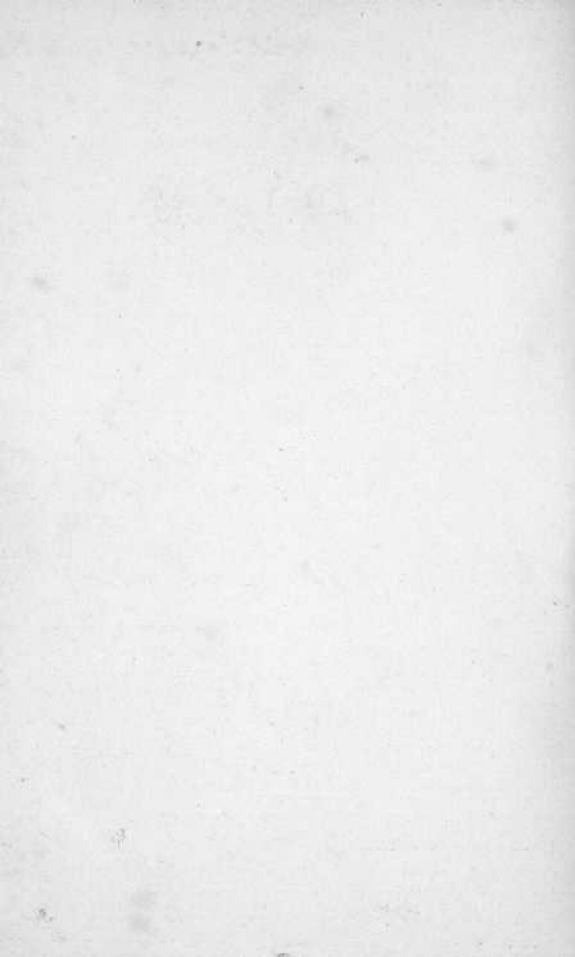


A DE VALBUENA Y E. HERNANDEZ CUENTOS DE Barberia



APLICADOS
LA POLITICA

2ª EDICION



Cuentos de barbería



CUENTOS DE BARBERÍA

APLICADOS Á LA POLÍTICA

Publicados en la "Política menuda,"
de "El Siglo Futuro," y en la "Miscelánea política,"
de "El Imparcial," en los años 1879 y 1880

POR

D. Antonio de Valbuena

Y

D. Enrique Hernández.

SEGUNDA EDICIÓN CON ILUSTRACIONES DE QUILEZ

MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE FERNÁNDEZ-DE-ROJAS
Mostensea, 24, y Rosal, 2.

1896





R.111194

Historia de estos cuentos.

EL hacer el resumen diario del político movimiento, no deja de ser divertido; pero tiene dos contras, una accidental y otra constante. La primera es la falta de asuntos; y la segunda, es la sobra de una cosa, ó mejor dicho, de una persona que hoy por hoy se llama Blas y Melendo: vamos, del fiscal de imprenta.

Excusado es decir á ustedes que hay días terribles (por el primer capítulo, se entiende, pues por el segundo lo son todos); y en uno de esos días en que, después de repasados todos los periódicos

políticos, hasta *La Correspondencia* inclusive, no había encontrado cosa de más importancia que la noticia de que el duque de la Torre salía para sus posesiones de Escañuela, noticia dada por la susodicha *Correspondencia*, y desmentida también por la misma en otro lugar del mismo número; la de que el Sr. Posada Herrera no había escrito desde Llanes, y la de que el ilustre Ayuntamiento de esta coronada villa no había podido celebrar sesión por no haberse reunido concejales suficientes; el redactor de la *Miscelánea política* de *El Imparcial* tomó de la *Política menuda* de *El Siglo Futuro* un cuento, y por no nombrar tantas veces á este diario (pues ya le había nombrado aquel día otras tres ó cuatro), le dió como propio con la marca de la casa, es decir, con regletas y sin comillas.

El redactor de la *Política menuda* de *El Siglo Futuro*, que tampoco sabía aquella tarde de que echar mano, cogió de entre las misceláneas de *El Imparcial* las tres ó cuatro que más le gustaron, y las

dió á sus lectores convertidas por igual procedimiento en propias menudencias, advirtiéndolo sólo al final de la *Política menuda* de aquel día, que si *El Imparcial* encontraba por allí algo que creyera pertenecerle, repasara su miscelánea de por la mañana. *El Imparcial* contestó diciendo al día siguiente: «Dos cuentos de *El Siglo Futuro*», y publicándolos en seguida con comillas, como si realmente fueran ajenos, dos cuentos suyos. *El Siglo Futuro* dijo á la noche, que aunque los cuentos aludidos tenían gracia y le gustaban mucho, no podía menos de declarar que no eran suyos, sino de *El Imparcial*, que había querido atribuírselos en compensación de otro que le había tomado antes, y añadía: «de suerte que estamos en paz.» Pero como en aquel mismo número *El Siglo Futuro* se apropiaba otro cuento publicado días antes por *El Imparcial*, el del pobre infeliz á quien afeitaban de balde, *El Imparcial* dijo: «Estaríamos en paz si no fuera por eso; pero así no lo estamos, sino que nos debe usted un cuento,

y como no andamos sobrados de materiales, le agradeceremos que nos le devuelva sobre cualquiera de los asuntos siguientes...» y citaba una larga lista de asuntos que podían servir de materia para la aplicación del cuento. — «Pues ahí tiene usted otro cuento que también es de afeitar y de afeitar mal», dijo *El Siglo Futuro*, movido á restitución y queriendo que la restitución fuese, no sólo en cantidad y valor, sino *en especie*, que es la más perfecta posible. — «Pues allá va otro de la misma clase» — dijo *El Imparcial* á la mañana siguiente; y así de una en otra, llegamos á contar entre los dos periódicos cuarenta y cuatro cuentos de barbería, todos encaminados á demostrar y encomiar las ocultas excelencias de la política liberal-conservadora.

Un mes próximamente duró la pacífica contienda, que terminó de la manera que se verá en el libro, y á la que el público y la prensa de oposición asistieron con un interés que nunca les agradeceremos bastante. Por cierto que uno de

los periódicos que seguían el asunto con más atención, *El Mundo Político*, solía trasladar los cuentos á sus columnas, y un día los adicionó con otro suyo encaminado á demostrar que, por desgracia, no hacían los nuestros mella en el Gobierno; cosa natural y sencillísima, porque á un Gobierno conservador-liberal nada le hace mella. Este era el cuento de *El Mundo Político*:

«Cuando Cousin era profesor en la Sorbona, observó que todos los días un anciano decentemente vestido entraba el primero en el aula, se sentaba en el banco más inmediato á la estufa, y parecía que su inteligencia toda se fijaba en la explicación. Un día no asistió á clase ningún alumno. Cousin iba á marcharse, cuando entró el anciano y se instaló en el puesto de siempre. El profesor descendió de la plataforma, y acercándose al puntual oyente, le dijo:

—Por lo visto hoy nos dejan solos... Charlaremos un poco, si usted gusta... ¿Qué opina usted sobre la filosofía alemana?

El anciano se levantó y colocó su mano derecha á guisa de trompetilla cerca del oído derecho... Era sordo, y si asistía á cátedra era para calentarse.

El profesor es *El Imparcial* ó *El Siglo Futuro*, y el ancianito es el Sr. Cánovas, que se sienta todos los días en el banco del presupuesto, calentándose bien en la estufa del poder; pero es sordo, y de los peores sordos.»

No lo ignorábamos. Pero de todos modos, siempre habremos contribuido un poco á aumentar su impopularidad, grabando de una manera más viva y penetrante en el ánimo de los lectores lo funesto de su sistema.

Y buena prueba de que los cuentos son un arma política no despreciable, que hemos conseguido poner en uso, es el que á raíz de nuestra campaña de cuentos de barberos, dos adalides políticos tan aguerridos y experimentados como el ministro de la Gobernación, Sr. Romero Robledo, y el jefe del partido constitucional, Sr. Sagasta, terminaban sus mejo-

res discursos de la temporada en el Congreso con un cuento cada uno, que también hemos tenido por conveniente poner al final de la colección, declarando, por supuesto, el nombre de sus autores.

Así como también hemos de declarar que entre los cuentos que aparecieron en la *Miscelánea política* y en la *Política menuda*, los hay que pertenecen á nuestros compañeros de redacción, los hay remitidos por los suscriptores, y hasta hay uno perteneciente á un insigne autor dramático, y dos á un sobresaliente revis-tero de toros, digno sucesor de Abenamar, todo lo cual es bueno decir para que cada cual se lleve su parte de gloria.

Falta decir todavía para dar á cada uno lo que es suyo, aunque apenas nos quede á nosotros nada, que la idea de formar con estos cuentos un libro, ha nacido de los suscriptores de ambos periódicos y de algunos de nuestros compañeros en la prensa.

Y una vez decididos á hacer la colec-

ción, para que resultara un poco mayor, y al mismo tiempo más amena, hemos añadido á los cuentos de afeitar un apéndice de cuentos varios, también publicados en *El Imparcial* y en *El Siglo Futuro*, y también aplicados á la política.

Tal es el libro que ofrecemos al público ilustrado.

Con que llegue á proporcionar algún rato de honesta distracción á los que le compraren y algún enemigo más á este y á todos los malos Gobiernos, queda satisfecha la ambición de los que le han escrito.

A. de Valbuena.

1880.



I (1)

Un barbero tenía la caridad de afeitar de balde todos los sábados por la tarde á un pobre que pedía limosna cerca de la puerta de su tienda.

(1) De los cuarenta y cuatro cuentos de barberos, los señalados con números impares son de *El Imparcial*, y los señalados con números pares de *El Siglo Futuro*.

Cuando la entrada del día había sido buena, acompañaba la piadosa acción con un par de cuartos de limosna, pero cuando, por el contrario, había sido escasa, no había limosna ni le dejaba en la cara cañón sin saltar.

En uno de estos días, mientras se verificaba la operación, acertó á pararse delante de la puerta un perro aullando lastimosamente:

—¿Qué tendrá ese pobre animal que tanto se queja—dijo el barbero.

Y el pobre, mirando á su verdugo, le respondió con voz compungida:

—Puede que le estén afeitando de balde.

Lo mismo que al pobre del cuento le pasa al país con los liberales conservadores.

Parece que le afeitan de balde.

Y bien sabe Dios que no es así.

II

Se estaba afeitando un señor de edad, y tanto le hacía sufrir el barbero, que se le saltaron las lágrimas.

—Puede ser que le lastime á usted, don Paciano —le dijo el ejecutor, al ver rodar el primer par de lágrimas por la jabonada mejilla.

—Hombre, no —le dijo el caballero con un humor de todos los demonios— lloro de gusto.

Así le pasa al país. Los conservadores le afeitan muy mal, y llora. Pero *La Política* se empeña en hacerle creer que está admirablemente bien, y tiene que contestar como D. Paciano.

—Lloro de gusto.

III

Un barbero afeitaba á un señor, tan hundido de carrillos, que para poder sentar la navaja tenía que meterle el dedo gordo en la boca y ahuecárselos.

Un día, estando descañonándole el carrillo izquierdo, que es el más difícil de afeitar, el barbero sacó el dedo precipitadamente de la boca del parroquiano, partido de un terrible navajazo, y por todo consuelo le dijo á su víctima que se había quedado sin medio carrillo:

—Perdone usted, no creí que tenía usted el cútis tan fino.

Lo mismo dicen los conservadores liberales cuando sealarman las gentes, porque una partida de bandidos hace descarrilar un tren para robarle, ó una partida de «Caballeros particulares» echa á la plaza nuevos títulos de la Deuda falsificados.

—Pues ¡no tienen ustedes el cutis poco fino!

IV

Este era otro barbero que no afeitaba mejor que el del cuento precedente, pero era más listo y no quería exponerse á cortarse el dedo.

En lugar del dedo, metia una nuez en la boca del parroquiano.

Cayóle por casualidad afeitar una vez á un hombre delicado y escrupuloso, que no podía sufrir la nuez en la boca, y aprovechó una pausa en que el barbero levantó la navaja, para decirle:

—Mire usted, estoy muy á disgusto: esta nuez me hace daño en la boca con las asperezas de la cáscara.

—Pues no sé cómo dice usted eso— le contestó el barbero —porque á todo el mundo afeitado con ella, y nadie se ha quejado.

Oyendo lo cual el medio afeitado, echó la nuez á fuera y comenzó á escupir y á hacer ascos.

—No; mire usted—añadió el barbero—algunas veces la lavo.

El país se queja mucho y dice que no puede sufrir la nuez con que le afeitan los conservadores, pero bien mirado, no sabemos cómo no se va acostumbrando ya, porque con esa misma nuez, más ó menos lavada, le afeitaban también los progresistas, y los demócratas, y los moderados.

V

Cuando no había ferrocarriles, ni siquiera diligencias, sino galeras para los pobres y coches de colleras para los ricos, se tardaba de Madrid á Barcelona de quince á veinte días, y por consiguiente, había que satisfacer durante las horas de parada, entre las demás necesidades de la vida, la necesidad de afeitarse.

Llegó una de aquellas verdaderas peregrinaciones á uno de los pueblos del tránsito de Madrid á Barcelona al caer

de una tarde de verano, y uno de los viajeros que formaban parte de ella, después de preguntar al dueño de la posada si había barbero en el pueblo y no se corría grave riesgo en ponerse en sus manos, le hizo llamar y se puso en ellas *decididamente*, como dice *El Diario Español* que consumirán los tres turnos en contra de los presupuestos de Cuba los senadores marqués de la Habana, Jorrín y Ruiz Gómez.

Terminaron su operación nuestro viajante y nuestro barbero, y un segundo viajante, acercándose al primero, con cierta desconfianza, le preguntó:

—¿Cree usted que debo afeitarme?

—Sí, señor—le contestó el interpelado haciendo como que se enjugaba la cara con el paño, en realidad enjugándose las lágrimas.—Si yo fuera hombre de fortuna, me llevaría este muchacho á Madrid. ¡Qué mano y qué navaja!

Con esta recomendación no tuvo el segundo viajero inconveniente en dejarse afeitar, pero no debió pensar lo mis-

mo sobre el mérito del barbero, cuando después de afeitado se encaró con su antecesor, y le dijo:

—Ni eso es mano, ni eso es navaja, ni eso es barbero. ¡Me ha engañado usted como á un chino!

—¿Pues ¿qué quería usted—le contestó el otro—que fuera yo el único... afeitado?

Esto mismo debía decir el Gobierno á los constitucionales, señalándoles el banco azul, si es cierto que les va tan mal en el poder.

—Siéntense ustedes aquí y verán qué bien los afeitan.

VI

Un pobre muchacho de esos que ahora se llaman pollos, que tenía muchos deseos de tener bigote, sin que se conociera todavía por donde había de comenzar á salirle, entró en una barbería y manifes-

tó al barbero su pretensión de ser afeitado.

Mandóle el barbero sentarse, le mojó y le jabonó muy por lo fino, y sentándose él en otra silla, cogió la guitarra y se puso á templarla con mucha calma, comenzando después á tocar una marcha pesada y monotoná.

--Pero, ¿qué hace usted? —le dijo ya impaciente el muchacho.

—Señorito —le replicó el barbero— he regado las barbas, y estoy esperando á que crezcan.

Así hacen los conservadores.

Tienen el país tan afeitado, que no se sabe por donde ha de volver á echar pelo, y le riegan (con discursos) y esperan muy tranquilos á que vuelva á tener algo que afeitar.

Por eso no quieren dejar el puesto.

VII

Llegaron á Madrid dos paletos, y cruzándose en la calle del Arenal, el que iba hacia la Puerta del Sol, que había visto en el cartel del Teatro Real anunciado *El Barbero de Sevilla*, detuvo al que iba hacia la Plaza de Oriente, y le preguntó:

—Buen amigo, ¿conoce usted al barbero de Sevilla?

—No señor—le contestó el otro—yo me afeito solo.

Y siguió su camino.

Esto mismo dicen los conservadores.

Nosotros lo somos todo; nosotros lo podemos todo; nosotros no necesitamos á nadie; nosotros... nos afeitamos solos.



VIII

Frente á una barbería vivía un señor (que habría pertenecido á la Sociedad protectora de animales, si entonces la hubiera), en com-

pañía de un gato y un mono.

Este, que todos los días estaba viendo afeitar, bajó un día á la tienda del bar-



bero y robó una navaja, tornándose con ella muy contento á su vivienda.

Cogió luego la toalla del señorito, echó mano al gato, le ató la toalla, á manera de babero, y le mojó la cara con el agua que el dueño había dejado en la palangana.

Empuñó luego la navaja y comenzó á imitar lo que veía hacer al barbero con los parroquianos; mas como el gato, naturalmente, no se estaba quieto, ni el mono las había visto más gordas, tajo aquí, cercén allá, ahora cae una oreja, después la mitad de un labio, concluyó por degollar á su pobre víctima.

Lo mismo que ha hecho aquí el señor Cánovas.

Se encontró, cuando llegó al Gobierno, con los procedimientos revolucionarios, quiso, como él mismo ha dicho, seguir usándolos, es decir, imitar lo que había visto á los otros y, naturalmente, ha degollado al país.

IX

Llegó á Madrid un andaluz, *de Seviya*, como dice la gente de aquella tierra, y viendo anunciado un dia y otro *El Barbero de Sevilla*, entró en ganas de conocerle y acabó por preguntar dónde le podría ver, á lo que le contestaron que en el teatro de la Opera.

Y dicho y hecho, se dirigió al teatro Real. En el despacho le dijeron que podría ver á su paisano tomando billete; pidió uno, se le dieron de paraíso, por lo que tenía de Adam, y puesto en camino por un dependiente de la empresa, empezó á subir, á subir y á subir, murmurando siempre que le decían *más arriba*:

—¡Pues no ha puesto muy alta la barbería mi paisano; á poco más, en la Giralda!

Llegó por fin al último descansillo de la escalera, porque á todas partes se llega con el tiempo, menos al poder, cuan-

do no quiere el Sr. Cánovas, y asomándose á la puerta del paraíso, que estaba lleno, se volvió hacia el acomodador y le dijo:

—Camarada, ¿y toda esta gente tiene que afeitarse antes que yo?

Ese es el destino que les está reservado á los constitucionales: esperar á que hayan sido ministros todos los conservadores.

X

Encima de la barbería del cuento antepasado vivía un señor que se afeitaba solo, como los conservadores, y el mono de enfrente que le veía, con su maldita afición de imitar y remedar á todo el mundo, cogía la navaja y hacía como que se afeitaba, repitiendo todos los movimientos del caballero.

¿Qué hizo el caballero? Con ese mal instinto que suelen tener los moderados, dijo para sí: «Te vas á fastidiar», y vol-

viendo la navaja del revés sin que el mono se fijara en este detalle, se dió, es decir, hizo como que se daba una gran cuchillada en el cuello.

Y en efecto, el pobre mono, sin volver del revés la navaja, repitió el movimiento de su vecino y se cortó las gorjas sin darse cuenta.

Una cosa así debía hacer el país.

Figurar que se degollaba para ver si se degollaba de veras el Gobierno conservador que anda remedando ser la representación del país.

XI

Robaron dos gallinas al barbero de un pueblo, y convencido de que nada conseguiría preguntando por ellas, echóse á pensar el medio de dar con el ladrón; y con el ingenio que distingue á tan benemérita clase, acabó por encontrar dicho medio, aplazando su ejecución para el

primer domingo, que es el día en que se afeitan las gentes del campo.

Llegó el domingo, y con la luz del alba el primer parroquiano; le sentó, le bañó, cogió la navaja, le dió los primeros pases, y al llegar precisamente á la nuez, dijo con acento amenazador:

—Por aquí han pasado mis gallinas.

Pero como por allí no había pasado nada, el parroquiano no pestañeó siquiera y el barbero concluyó de afeitarle convencido de que no era el ladrón.

Llegó el segundo parroquiano, y después el tercero y el cuarto, y se repitió la misma escena; y ya empezaba el barbero á sospechar si se habría tragado la tierra sus gallinas, cuando llegó el sacristán del pueblo, que era el culpable; y al sentir el filo de la navaja sobre la garganta, y al oír las palabras —¡por aquí habrán pasado mis gallinas!— como quien oye una sentencia de muerte, se echó á temblar y exclamó con voz compungida:

—Perdóneme usted, maestro; perdóneme usted, que yo las pagaré.

Este cuento es perfectamente aplicable á los conservadores-liberales que han tenido que ir á buscar á corral ajeno las soluciones que les imponían las circunstancias.

—Por aquí han pasado nuestras gallinas.

Pero como los conservadores-liberales pueden cerrar las barberías, hay que esperar á que el tiempo se las haga pagar.

Las gallinas.

XII

Allá, antiguamente, en los tiempos arrimados á la torre de Babel, donde es cosa probada que estuvo en uso y vigor el sufragio universal, hicieron alcalde de un pueblo á un carbonero, que no se había peinado, ni lavado, ni afeitado en su vida.

Fueron los de su partido muy contentos á participarle la elección y llevársele en triunfo á la casa de Concejo para ponerle la vara de la justicia en la mano;

y como lo encontraran tan desaliñado, le dijeron que era menester que se lavara, peinara, afeitara y cortara las uñas en debida forma, conforme á los segundos consejos que dió el caballero de los Leones al gobernador de la Insula Barataria.

Resistíalo el hombre, pero *velis-nolis* le llevaron sus amigos á la única barbería que había en el lugar, que no por ser única era buena ni mucho menos. A más de que el barbero no acostumbraba vaciar la navaja más que el domingo por la mañana, y era sábado.

Con esto, y con lo enredada y llena de incrustaciones que el pobre carbonero tenía la barba, no queremos decir á ustedes el rato que pasaría en manos del rapador.

Concluida la operación, con la cara hinchada y llena de cortaduras, le llevaron á la Casa de Concejo, le dieron posesión, y le dijeron que había de celebrar audiencia enseguida... Entonces el alcalde era también juez, porque no se había

inventado todavía la división de poderes.

Presentáronle un criminal de los más atroces; leyó el fiel de fechos la acusación, que era terrible, y le dijeron al flamante alcalde que sentenciara, ponderándole la necesidad de que hiciera un ejemplar castigo.

Y el bueno del alcalde, rojo de cólera los ojos encarnizados y pegando un terrible puñetazo sobre la mesa, sentenció diciendo:

—¡Que le afeiten!...

Si la pobre España fuera llamada á decidir como árbitra en alguna contienda en que fuera parte y mereciera ser condenado el pueblo más enemigo suyo, de seguro diría:

—¡Que le gobiernen los conservadores liberales!

XIII

Estábase afeitando un día el Emperador Carlos V., y al llegar el barbero de S. M. I., como el barbero del pueblo á

quien le robaron las gallinas, á la nuez de su augusto soberano, le dijo parando la mano, pero sin levantar la navaja:

—¿Quién manda ahora, señor?

Y el Emperador Carlos V., mirando fijamente, entre sombrío y risueño, á su interlocutor, le contestó:

—¡Hombre, tú!...

—Pues en ese caso espero que vuestra majestad me concederá la prebenda que tengo pedida para mi sobrino.

—Concedida.

Y al día siguiente el sobrino del barbero del Emperador era prebendado simple.

Pasó algún tiempo en que el barbero de nuestro cuento cayó enfermo y tuvo que delegar sus facultades en su dependiente mayor; éste, que se sabía de memoria la historia de la prebenda, quiso volver á ponerla en práctica, y deteniendo la mano y parando el filo de la navaja en la regia garganta, dijo á S. M. I.:

—¿Quién es ahora el amo, señor?

—¡Hombre, tú!—le contestó el Empe-

rador agitándose en la silla, como si fuera á levantarse.

—En ese caso, señor, espero que vuestra majestad se servirá conceder la banda de capitán á un hermano que tengo en los tercios de Flandes.

Y en efecto, al día siguiente el dependiente mayor del barbero del Emperador Carlos V. era ahorcado de orden de S. M. I.

Lo que está pasando con los conservadores-liberales, puede tomarse á broma, como la ocurrencia del barbero.

Pero si volviera á repetirse lo que está pasando ahora... habría que tomar una determinación.

XIV

A un inglés que vino á España, le afeitaron muy mal de primera intención en un pueblo de la frontera.

--¡Juro á Lutero—dijo al verse lleno

de cortaduras—que no me volverá á suceder otra!

Y á la primera vez que volvió á tener necesidad de afeitarse, se presentó en una barbería, revólver en mano, y dijo al barbero, aproximadamente:

—Mí, pagaré ciento reales por afeitarme tú. Pego á la condición que, á la primera cortaduga, te descerraco un tiro y te levanto la tapo de los sesas.

Dichose está que el barbero no quiso aceptar la proposición ni afeitarse.

Así corrió las principales poblaciones de España, Madrid inclusive, y recorrió en ellas las principales barberías inútilmente, que más iba por grados haciendo subir la oferta á doscientos, trescientos, hasta novecientos reales, ó sean, poco más ó menos, nueve libras esterlinas.

Pero cuando tenía ya más barbas que el Sr. Carvajal, llegó á Málaga é hizo la consabida proposición á un barbero, ofreciéndole mil reales redondos; y el barbero aceptó el trato sin titubear y como la cosa más sencilla del mundo.

Sentó al inglés, le vistió de blanco, le bañó, empuñó la navaja, y en menos que se dice, le afeitó medio lado.

—Parate, señog, parate—dijo el inglés desmontando el revólver; — parate un poca. Vamos á ver: ¿cómo te has atrevido usted á aseptar la condisión que ningún barbero aseptó en toda España? ¿Tanta seguridad tenías de no cortar á mi?

—¡Ah, ningunal—replicó muy tranquilo el barbero;—pero como yo había de ver la sangre primero que usted, á la primera cortadura que le hiciera apretaba la navaja y se iba todo el cuello, y usted á disparar al otro mundo.

—Basta, basta, siñog—dijo el inglés; y descñéndose á toda prisa los trapos, pagó la cuenta y se fué de la barbería sin dejarse afeitar el otro carrillo.

Sólo que al pobre país no le vale marcharse de la barbería malagueña á medio afeitar.

Porque si sale de Málaga es para entrar en Malagón; y por aquí los conservadores liberales de *El Tiempo* y *El Cro-*



nista, por allá los conservadores de *El Siglo*, entre todos, que quiera que no, le han de afeitar en redondo.

XV

Entró un mozo de buen humor en una barbería, y una vez afeitado y mientras se arreglaba al espejo el lazo de la corbata, preguntó al dueño del establecimiento:

—¿Qué hacen ustedes de las barbas que quedan en las navajas y del pelo que cortan?

—¿Qué quiere usted que hagamos? —le contestó el maestro; —tirarlo.

—Pues hace usted mal, porque podría vendérselo con ventaja á un comisionista de Londres que suele venir á Madrid de cuando en cuando para comprar lo que tiran la generalidad de los españoles. En Inglaterra se comercia con todo y se crea una industria... sobre la punta de un pelo.

Y dicho esto, se despidió, dejando al dueño de la barbería con tanta boca abierta.

No dicen los cronistas cuántos años pasaron, pero dicen que por fin el mozo de buen humor y el barbero bobalicón se volvieron á encontrar en otro establecimiento de la misma clase, pero más espacioso, que puso el segundo con sus economías, y en que entró el primero por casualidad á afeitarse.

—¡Dichosos los ojos que le ven á us-

ted!—exclamó el barbero dando un estrecho abrazo á su no olvidado parroquiano.

Y bajando la voz, añadió:

—Tengo el mejor depósito de recortaduras de barba y de pelo que hay en Europa. ¿Sabe usted si está en Madrid el comisionista de Londres? Crea usted que yo soy hombre agradecido, y si se hace el negocio...

El chusco comprendió que corría peligro su pescuezo, de confesar que todo había sido una broma, y contestó al barbero:

—¿Ha distribuído usted las recortaduras por colores?

—No, señor.

—¿Las ha clasificado usted por edades?

—No, señor.

—Pues son dos requisitos indispensables. Hágalo usted y yo me pasaré por aquí dentro de unos días para que hablemos.

Comentario del suscriptor que ha tenido la bondad de remitirnos este cuento:

—¿No les parece á ustedes, señores redactores, que este cuentecillo es aplicable á los que prometen felicidades sin cuento al país, y cuando llegan al poder, es decir, cuando están en el caso de cumplirlas, resulta que no hay nada de lo dicho, porque el país no está suficientemente preparado para ser todo lo dichoso que ellos quisieran?

—Sí, señor.

XVI

Un ricacho de un lugar de la Mancha, cargado de que todos los domingos le cortara el barbero del pueblo, se dijo un día:

—En Madrid deben de afeitarse muy bien.

Y se vino á Madrid con propósito decidido de afeitarse.

A luego de haber entrado por la puerta de Toledo, vió en una tienda colga-



das las insignias de afeitar y un gran rótulo que decía:

Se afeita y corta...

No tuvo paciencia para leer más, y siguió adelante diciendo: «Vamos á otra: para que me cortaran, bien estaba en mi pueblo.»

Más adelante vió otra vez las insignias y otra vez el rótulo:

Se afeita y corta...

No tuvo tampoco paciencia para leer más.

Corrió un sin número de calles, y en todas las barberías encontró el mismo rótulo, con lo cual se tornó á su pueblo muy enfadado, por no haber leído el rótulo entero:—*Se afeita y corta el pelo á real, ó á dos reales, según la categoría del barbero.*

--Pero, hombre, ¿cómo no te afeitaste? —le dijo su mujer al verle entrar con las mismas barbas que había sacado de su casa, y aun algo más crecidas.

—¡Toma! Pues porque en ninguna barbería de Madrid afeitan sin cortar, según

lo cantan los rétulos que ponen arriba. Y para ese viaje, bueno es el sangrador de acá; porque como dice el adagio, más vale lo malo conocido...

En todas las barberías liberales cortan al país.

Mas, sin embargo, no opinamos como el vecino de la Mancha.

Que nos saquen de cualquier modo de la barbería conservadora.

XVII

Una mujer le dijo á su marido:

—Toma esos seis cuartos para que te afeites, y vente enseguida á casa, porque tenemos que ir á misa... ¡Ah! ¡Cuidado que te dejes el bigote!...

Y el bueno de nuestro marido tomó con una mano los seis cuartos y con otra el sombrero, y se echó á la calle.

Pero dió la casualidad que, al volver a esquina, se dió de manos á boca con

uno de sus antiguos camaradas de aventuras, que le dijo:

—¿Dónde vas desempedrando las calles?

—A afeitarme.

—Vamos á echar antes unas copas.

—Me está esperando mi mujer, y ya sabes el genio que tiene.

—Con hombres como tú todas las mujeres tienen mal genio.

Y quieras que no quieras le hizo entrar en la primera taberna que encontraron. Pidieron dos copas, y luego otras dos, y después unas tajadas de bacalao, y más tarde unas almendritas tostadas, y dieron las doce del día, y las cuatro de la tarde, y las once de la noche; y si el tabernero no les hubiera puesto á puñados en mitad de la calle, todavía estarían bebiendo copas, comiendo bacalao y descascarando almendras.

El amigo de nuestro héroe consiguió llegar á su casa agarrándose á las paredes; pero nuestro héroe, menos afortunado, dió un tropezón, perdió el equilibrio,

cayó tan largo como era, y allí le hubiera sucedido lo mismo que en la taberna, es decir, allí le hubiera encontrado el sol, si un perro vagabundo que andaba á caza de desperdicios no se le hubiera acercado y empezado á lamerle cariñosamente la cara, con lo cual se despertó, y creyendo que le estaban jabonando para hacerle la barba, tartamudeó estas palabras:

—Maestro, déjeme usted el bigote.

Lo mismo les pasa á los conservadores de todas las procedencias.

Preocupados con la idea del poder, todos los conflictos los resuelven pidiendo que les dejen el poder, como el borracho de nuestro cuento pedía que le dejaran el bigote.

XVIII

Estaba un barbero á la puerta de la tienda escamando un besugo con la navaja de afeitar, cuando acertó á llegar un



parroquiano,
que manifestó
su deseo de
hacerse la

barba.

Indicóle el barbero
que entrara y se sen-
tara, y mandó á un
aprendiz que le fuera
bañando.

Concluída la ope-
ración de quitar al be-
sugo las escamas, en-
tró el barbero en su
obrador navaja en mano, halló al clien-
te bañado y todo, y se puso en ademán
de comenzar á afeitarle.

—Usted me dispense el mal pensa-

miento—dijo el parroquiano—pero juraría que era esa la misma navaja con que estaba usted escamando el besugo.

—Y no juraba usted en falso—le replicó el barbero.

—Pero, hombre, ¿es la misma?

—La mismita; como que no tengo otra.

—Y con esa navaja, y sin suavizarla siquiera, ¿cómo va usted á afeitarme?... No es posible.

—¡Que cómo? Ahora lo verá usted... ¿Que no es posible? ¿Pues y para qué me ha dado Dios estos puños?

Lo mismo dicen los liberales-conservadores.

Que sus principios no sirven, que sus procedimientos están averiados, que ya los conocemos.

—Cierto; pero... ¿Para qué nos ha dado Dios esta guardia civil y estas compañías de infantería, sino para ganar las elecciones y cobrar los impuestos?

XIX

—¿Le ha saltado á usted algún cañón?—preguntó un barbero á un amigo nuestro al ver que se llevaba una vez y otra vez el paño á la cara, porque se la había desollado materialmente.

— No señor — le contestó nuestro amigo con la mansedumbre que formaba el fondo de su carácter—han sido todos.

— Pues no le extrañe á usted, porque hoy ha sido domingo, ha venido mucha gente, y la navaja está algo cansadita—replicó el barbero enseñándole la navaja y empezando á pasarla por la piedra como si tal cosa.

—Basta, basta—gritó espantado nuestro amigo—porquesi cogela navaja derefresco, me rebana usted el cuello á cercén.

No hace mucho tiempo que el señor Presidente del Consejo de Ministros se

lamentaba en el Senado de no haber hecho política de represión.

Pues si no habiendo hecho el señor Presidente del Consejo de Ministros política de represión estamos como estamos, si el señor Presidente del Consejo de Ministros hubiera hecho política de represión, ¿qué habría sido de nosotros?

XX

Un barbero anunció la vacante de una plaza de oficial, y se propuso abrir una especie de oposición para conocer la mayor ó menor aptitud de los aspirantes, sin perjuicio de proveerla después en quien le diera la gana, que es el sistema de oposiciones liberal conservador practicado por el conde de Toreno.

Fueron presentándose aspirantes; y, ponderando al maestro su habilidad, dijo uno:

—Yo soy capaz de afeitar á cualquier-

ra perfectamente sin jabón, y si me apura usted un poco hasta sin agua.

—Sí, pero con navaja de afeitar—decía otro que llegaba en aquel momento, y añadía.—Pues yo sepa usted que afeitado lo mismo con el cuchillo de la mesa.

—Pues yo me comprometo—dijo un tercero —á afeitar á cualquier parroquiano recién afeitado por los señores, y sacarlo todavía más pelo del que ellos le hayan quitado.

Y cuando parecía ya apurada la materia, habló el cuarto:

—Le digo á usted que yo soy capaz de afeitar á un huevo...

—Pues veámoslo—dijo el maestro, poniendo á este último un huevo en la mano...

La escena pasa en la barbería conservadora.

Salaverría, Barzanallana, Orovio, son los tres primeros aspirantes que han cumplido ya fielmente sus ofertas, afeitando al país con navaja y con cuchillo, y sa

cándole pelo todavía después de bien afeitado.

Cos-Gayón es el encargado de afeitar al huevo.

Y se le comerá: ya no le queda que hacer otra cosa.

XXI

Llegó un pelotón de gitanos á un pueblo de Castilla la Vieja, y uno de ellos, algo tardo de lengua, entró en el establecimiento de un barbero, que afeitaba al mismo municipio y á todas las personas importantes de la localidad, como que no había otro.

El maestro, que era tartamudo también, preguntó al gitano que si quería afeitarse, á lo que respondió el *cañi* que á ello iba.

—Pu... pu... pues le advierto á usted
—dijo el barbero—que soy un po... po...
poco tartamudo...

—Pu... pu... pues por mí—respondió

el parroquiano — manque no tuvieras lengua...

—¿Qué quiere usted que le dejen?—preguntó el maestro.

—Pa.. pa... paatiyaz—contestó el gitano.

Sentóse éste en una especie de muela de gigante, que tal parecía la banquetta, y el artista empezó la brega.

A los pocos pases tiró un volapié al gitano, que le rebañó media oreja.

—¡Anda ayá hijo de mala prezona! —gritó el parroquiano enfurecido, poniéndose en pié de un salto y *tirando* de cuchillo para despabilar al barbero, que le repetía con mucha serenidad:

—Com... com... compadre, ¿no le dije á usted que era tar... tar... tartamudo de todo el cuerpo?

El gitano se echó á la calle; y como encontrara á un compañero que le preguntase dónde estaba la barbería, le respondió:

—No vayaz, por tu zalú, que no te van á dejar ni la familia.

Eso es lo que decimos nosotros: un añito más de gobierno conservador liberal, y no nos quedan ni las familias; porque es tartamudo de todo el cuerpo.

XXII

Había en cierta calle de esta corte un barbero antiguo y afamado por su destreza en mondar la cara al prójimo.

El establecimiento no estaba, en verdad, á la altura de la habilidad de su dueño; una mala mesa de pino y cuatro sillas desvencijadas como la situación conservadora, constituían todo el ajuar de la tienda.

Pero entraba dinero.

Y sucedió que enfrente de esta barbería vino á montar otra muy lujosa una especie de empresario, que nunca las había visto más gordas, y que, lo mismo que un obrador de afeitar, podía habersele ocurrido abrir una tienda de abanicos.

Mesas de mármol blancas, como la

nómina de un centralista; grandes espejos, brillantes y aduladores como las promesas de Cánovas á los sagastinos; anchas butacas, blandas y cómodas como el banco ministerial, antes que el señor Orovio hiciera el descubrimiento de que tiene espinas, etc., etc.

—Ese nuevo establecimiento —decía un consecuente parroquiano al antiguo maestro—va arruinar el de usted.

—No lo crea usted, señor—contestaba muy tranquilo el barbero frotando en la correa la navaja.—El día menos pensado va á tronar eso como arpa vieja. Estas cosas es menester haberlas mamado.

Vano intento el de desbancar á los liberales-conservadores.

Lo han mamado.

Y no se necesita acudir al ejemplo de *El Tiempucillo*, que se pasa la vida mamando; basta recordar, verbigracia, que el Sr. Cos-Gayón ha mamado la ciencia del Sr. Orovio.

XXIII

Entró en una barbería un mozalbete que apenas llevaba la cara tiznada con una sombra de patillas, y dijo al oficial ó al maestro.

Aféíteme usted.

El artista, previas las operaciones de ritual, en dos paseos por la fisonomía del pollo, le dejó como recién nacido.

—Servidor de usted—dijo con suma cortesía al mozo, cuando terminó la *siega* de aquella terrible barba; y el afeitado mirando su imagen en un espejo, exclamó desconcertado:

—¡Ay! ¡Qué feo estoy así! Vaya, vaya, déjeme usted las patillas.

Que es, al poco más ó menos, lo que la prensa ministerial dice á las oposiciones retraídas de la discusión, después de haberlas provocado á ello:

—¡Qué feo va estando esto! Déjenos ustedes patillas; es decir, déjenos ustedes otros seis años más.

XXIV

En una barbería, donde se solía afeitarse muy mal y de donde por consiguiente salía sangrado todo el mundo, notó un forastero que entró á afeitarse por casualidad, la carencia absoluta de espejos, y dijo al maestro:

—¿Cómo es que no tiene usted ningún espejo?

—¡Ni falta! ¡Les tengo un horror! Y para nada bueno podrían servirme, pues que yo sin espejo veo la cara de los parroquianos, y ellos no necesitan verse las cortaduras que por casualidad se les hacen; porque, como dice el refrán, ojos que no ven corazón que no siente.

El Gobierno conservador no quiere que el país vea reproducidas en los periódicos las cortaduras que él le hace por afeitarse mal, y les tiene declarada, por medio del fiscal de imprenta, una guerra terrible, parecida al horror que el otro barbero tenía á los espejos.

XXV

En una barbería se leía en letras muy gordas: *Pago adelantado*.

Entró un parroquiano, pagó la cantidad señalada, y el barbero le dijo:

—Falta el medio real para la misa.

—¿Para qué misa?—le preguntó el parroquiano.

—Para la misa que pienso mandar decir por las almas de los parroquianos que tenga la desgracia de degollar.

—Y si no los degüella usted, ¿devuelve el dinero?

—No, señor, lo gasto á la salud de los parroquianos á quienes afeitó en celebridad de no haberlos degollado.

Lo mismo hacen los conservadores con los impuestos de guerra.

¿Dejan de cobrarlos cuando la guerra se acaba?

No, señor, los siguen cobrando para celebrar mejor la paz.

XXVI

En una barbería de tres al cuarto había unos cuantos parroquianos esperando turno.

Llegó después de todos un amigo especial del barbero, y éste, concluido que hubo con el infeliz que tenía entre manos, indicó á su amigo que se sentara en la banquilla.

El primero á quien correspondía la vez se atrevió á exclamar:

—¡Hombre, que me toca á mí, que hace una hora que estoy esperando!

A lo cual el barbero le miró de través, y le dijo con mucho retintín:

—¡Bueno, venga usted ahora!

Como diciendo:

Si vienes, te corto.

Y el pobre parroquiano, que comprendió la intención, tornó á esperar diciendo:

—Siga usted, no he dicho nada.

La función se repitió varias veces, y el que esperaba turno no hubiera podido afeitarse si no se hubieran concluido los amigos del barbero.

El caso es que después no sabemos si le cortó; pero regularmente le cortaría.

Y se parece á lo que hacen los conservadores.

Ayer tarde se puso á discusión en el Congreso, y se aprobó en seguida, una carretera del distrito de Romero Robledo, que era la última sobre que la comisión había dado dictamen.

Pero que hubiera reclamado alguno, y le hubiera contestado Romero:

«Si se empeña usted en que hoy se discuta la de su distrito, voto en contra.»

Y aun esperando y todo, muchas se quedarán sin aprobar.

XXVII

Yo conocí un barbero,
 mozo de mucha gracia y poco juicio,
 que resolvió aprender aquel oficio
 afeitando un sombrero;
 mas nunca hacerlo bien logró el cuitado
 y el sombrero infeliz quedó pelado.

Que el sombrero es España,
 cosa es que nadie tomará á patraña;
 los que afeitan aquí con tales modos,
 suelen ser los Gobiernos... —¿Cuáles?—
 ¡Todos!

XXVIII

Un barbero que mentía mucho, tenía
 advertido á un oficial que le tirara de la
 chaqueta cuando le pareciera que las
 mentiras eran ya demasiado increíbles.

Púsose un día á afeitar á un pobre se
 ñor, y comenzó preguntándole:

—¿De dónde es usted, aunque sea mala
 pregunta?

—De Valladolid.

—Pues yo soy de Sevilla.



— Sea muy enhorabuena.

—¿No ha estado usted nunca en Sevilla?

—Nunca.

— ¡Ah! Pues no ha visto usted una cosa

hermosa. Sobre todo la catedral; ¡qué catedral aquella! ¿Cuánto dirá usted que tiene de largo?

—Hombre, ¿qué se yo?

—Pues tiene de largo tres leguas.

—¡Hombre! Y ¿cuánto tiene de ancho?

—De ancho...—(El oficial dió aquí un tirón tan fuerte de la chaqueta del barbero, que le hizo cortar al parroquiano.)

—¿De ancho? Tres varas.

Y como el oficial y el parroquiano le mirasen, asombrado el uno y enojado el otro, le dijo al primero:

—Pues si no me tiras tan fuerte de la chaqueta, la cuadro.

Así hacen los conservadores: si no se les tira de la chaqueta, lo cuadran todo, hasta las contribuciones.

Y si los periódicos les tiran de la chaqueta... cortan.

XXIX

Había en Carcabuey un barbero, que si no afeitaba bien, en cambio sacaba las muelas peor, y un día, estando la tienda llena, entró un pobre hombre con

todá la cara entrapajada, y lanzando un grito lastimero, le dijo:

—Por Dios, maestro, sáqueme usted esta muela, que hace veinticuatro horas me está haciendo ver las estrellas.

—Soy con usted en cuanto afeite á estos señores, que tienen prisa—le contestó el barbero, señalándole una silla.

El paciente obedeció la indicación, refunfuñando, y por una de esas singularidades de los dolores agudos, que con la misma rapidez con que se presentan desaparecen, á medida que el barbero iba despachando parroquianos, nuestro hombre se iba tranquilizando, y cuando le tocó la vez estaba perfectamente bueno.

—Ahora siéntese usted—le dijo el barbero después que se cerró la puerta detrás del último parroquiano.

—Pues es el caso, maestro—le contestó el interpelado—que ya no me duele la muela, y no me parece prudente sacármela hasta que se repita el ataque, si es que se repite.

—¡Cómo se entiende!—exclamó el bar-

bero.—¿Me ha hecho usted desollar á toda esa pobre gente para despachar antes, y ahora me sale con que no le duele la muela?... Se la sacaré á usted, sí, señor, se la sacaré á usted... ¡Pues no faltaba más!

Y que quieras que no, le agarró por un brazo, le tiró al suelo, y poniéndole una rodilla sobre el pecho, le sacó la muela, y con la muela media quijada.

Lo mismo hacen los conservadores liberales.

Porque el país se ha quejado alguna vez de los abusos de la libertad, le tienen hace seis años bajo su insufrible dominación, y tira que tira del gatillo, no le dejarán en paz hasta que le saquen la última muela.

XXX

Cuenta un autor que una vez dolíale á un hombre una muela; vino un barbero á sacarla y estando la boca abierta,

—¿Cuál es la que duele?—dijo.

Dióle en culto la respuesta—

la penúltima—diciendo.

Y el barbero, que no era
en penúltimas muy ducho,
le echó la última fuera.

A informarse del dolor
acudió al punto la lengua,
y dijo en sangrientas voces:

—La mala, maestro, no esa esa.—

Disculpóse con decir:

—¿No es la última de la hilera?

—Sí—respondió—mas yo dije

penúltima, y ucé advierta

que penúltimo es el que
junto al último se asienta.—

Volvió mejor informado

á dar al gatillo vuelta,
diciendo:—En efecto, ¿es
de la última la más cerca?

—Sí—dijo.—Pues vela aquí—

respondió con gran presteza,
sacándole la que estaba

penúltima. De manera

que quedó por no hablar claro

con la mala y sin dos muelas.

Lo mismo hacen los Gobiernos conservadores: le dejan al país sin muela sana y no le sacan aquella que más le duele, que son los mismos que le gobiernan.

XXXI

Llegó un sujeto á un pueblo y preguntó cuál era la mejor barbería, á lo que le contestaron que la del Sr. Paco, que había estado en Madrid muchos años á las órdenes del barbero de cámara de su majestad el rey D. Fernando VII.

Pidió el protagonista de nuestro cuento las señas de la tienda del Sr. Paco, dió con ella, no tuvo que tomar vez porque no había nadie sirviéndose, se quitó el corbatín, según las antiguas usanzas, se sentó, y mientras el barbero le ponía el paño, le dijo:

—¿Con que ha estado usted en Madrid y nada menos que á las órdenes del barbero de cámara de S. M. el rey D. Fernando VII?

—Sí, señor, y he tenido el honor de afeitar varias veces á S. M.—le contestó el barbero.—Y precisamente con la misma navaja con que le voy á servir á usted.

—Agradezco á usted la distinción—le contestó el forastero;—será buena pieza.

Durante este diálogo había terminado el capítulo del baño, y previos los correspondientes golpes de la navaja sobre la palma de la mano, empezó la operación, con tan mala fortuna para el forastero, que á los dos ó tres pases tenía el carrillo que no se le hubiera cambiado San Bartolomé por el suyo.

—¿Ha tenido usted alguna desgracia recientemente?—le preguntó el barbero, reanudando el diálogo y prosiguiendo impertérrito el desollamiento de su víctima.

—No señor—le contestó el forastero—

que se dejaba degollar por hacer honor á la navaja de Fernando VII.

—Como se le caen á usted esos lagrimones tan gordos...

—Lloro acordándome de lo que pasaría nuestro buen rey cuando le afeitaran con esa navaja.

—Pues hace usted mal, porque Fernando VII ya lo tendrá olvidado. Por lo que debe usted afligirse es por lo que le falta que pasar todavía.

Lo mismo que el barbero aconsejaba á su parroquiano, debe hacer el país con respecto al Sr. Cánovas del Castillo.

Olvidar lo que le está haciendo pasar, para prepararse á sufrir lo que le hará pasar todavía.

XXXII

Allá en época un tanto lejana, cuando todavía no se habían inventado las cédulas personales, sin que por eso dejara de

haber liberales moderados, vino un portugués á estas Castillas con su rueda y piedra de afilar cuchillos y navajas; y al llegar á un pueblo, cuyo nombre no hace al caso, pidió el alcalde al amolanchín el pasaporte.

—Sí o traigo, señor—contestó el portugués; y diciendo y haciendo, sacó de la faltriquera y desdobló un papel que comenzaba diciendo:

«Pasa Domingo á amolar á España.»

Lo mismo que este afilador se llamaba Domingo se podía haber llamado Fernando. Pero de todos modos, es indudable que aquel documento parece redactado para el Sr. Cos-Gayón, al pasar al Ministerio de Hacienda.

Tanto más, cuanto que (y esto no lo saben de seguro *El Tiempo*, ni *La Epoca*, ni el Sr. Cos-Gayón mismo), el apellido del Sr. Cos-Gayón, hasta llegar al guión, es decir, *Cos*, significa en latín la piedra de afilar.

XXXIII

—¿Se trabaja mucho?—preguntó un barbero á otro.

—Gracias al sistema que he adoptado, no me va del todo mal.

—¿Y qué sistema ha adoptado usted?

—Afeitar á los parroquianos media cara de un solo tajo, y si se quejan, amenazarles con irme á mi casa sin afeitarles la otra media. Antes, cuando me andaba con repulgos de empanada, hubo hombre que con sólo ver la navaja, si era en la tienda, echaba á correr, y si en su casa, me hacía poner de patitas en la calle. Yo no he visto nunca unos cutis tan finos como los que se gastan ahora.

—No me parece mal el sistema—contestó el otro barbero—pero el que yo sigo es mejor. En cuanto entra un parroquiano en mi tienda, le hago sentar con la mayor cortesía, le baño con la mayor pulcritud, y mientras tanto el aprendiz

le pasã una correa por el cuerpo, con todas las precauciones del arte, para que no le sienta, y le ata á la silla. Y una vez atado ya es mío.

Este es el procedimiento del partido conservador liberal.

Por arte de birlibirloque se apoderó del país para afeitarse, y cuando el país, después de haberle bañado, eso sí, con jabón de olor y sus correspondientes gotitas de agua de Colonia, vió la navaja, y quiso levantarse para echar á correr, se encontró con que estaba atado de pies y manos, y no tenía más remedio que dejarse desollar.

Lo que no hace el partido conservador liberal es amenazar con marcharse á su casa. Y marcharse de veras, menos.



XXXIV

Regresaba de la siega un asturiano, y como tuviera ya muchas barbas, quiso afeitarse en uno de los últimos pueblos de León.

—¿Hay barberu en esti lugar, buen amigu?—preguntó á un hombre que encontró en la calle.

—Precisamente está usted hablando con él—le contestó el albéitar, que era

con quien hablaba, y era un gracioso de los más mal intencionados:—por cierto que llega usted en buena ocasión, porque si se descuida dos dedos no me encuentra en casa. Y tengo prisa.

—Pues vamos, que yo también la tengo.

Y el albéitar delante, y el segador detrás, entraron en casa del primero, que hizo en seguida sentarse al segundo; le rebujó en un retal muy sucio, que bien podía ser sudadero de caballo, y poniéndole en las manos, á guisa de almofia, un gran barreño de agua hirviendo, comenzó á mojarle y enjabonarle que era un gusto.

Echábale agua sin compasión y á manotadas por la parte anterior y posterior del cuello, agua que se le introducía por el pecho y la espalda, y le corría hasta los pies; invirtiendo en esta operación un cuarto de hora.

Cuando ya estaba el pobre segador como si hubiera salido de un baño, el supuesto barbero hizo como que iba á

búscar la navaja, y vino armado de una especie de podadera, que puso al del banquillo temblando.

—¡Ay, pobre hombre!—dijo en esto la mujer del albéitar viendo el segador tan mojado y tan jabonado. —¡Que se está burlando de usted este loco, que ni es barbero ni lo ha sido nunca!

Y como el segador se levantara en ademán hostil, el albéitar se abalanzó á él, podadera en mano, en ademán de degollarle; con lo cual el segador se dió á huir y el albéitar á correr tras de él, alborotando el pueblo y gritando:

—¡Detenerme á ese pícaro, que se me marcha sin pagar!

Así hacen los conservadores con el pobre país.

Se han puesto á gobernarle como si supieran.

No le gobiernan, y le cobran como si le gobernarán.

XXXV

Había en un pequeño pueblo de la provincia de Badajoz un barbero que tenía la misma ciencia para afeitar que para apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño de manera que no hubiera medio de probárselo, ni, por consiguiente, de entregarle á los tribunales.

Un día que estaba sentado á la puerta de su *establecimiento*, entretenido en rascar un mal guitarrillo, acertó á pasar por la calle un hombre del campo, que llevaba sobre un burro una carga de leña, y entre los dos tercios de la carga una magnífica liebre. El campesino al ver al barbero se le acercó y le dijo:

—Maestro, ¿me compra usted esta carga de leña?

—¿Cuánto quieres por ella?

—Dos reales.

—Por todo lo que lleva el burro encima, menos el aparejo, te los doy.

Y el campesino, no cayendo en la cuenta de que al vender la leña vendía también la liebre, cerró el trato; y como el trato es trato, tuvo que dar al barbero por los dos reales la leña y la liebre, pero á reserva de tomar el desquite á la primera ocasión.

Pasó algún tiempo, y cuando ya tenía olvidado nuestro maestro extremeño la jugarreta de la liebre, se presentó una mañana en la tienda el campesino burlado, y le dijo:

—Maestro ¿cuánto me lleva usted por afeitarme á mí y á mi compañero?

—Lo que llevo á todo el mundo; seis cuartos por ti y seis por tu compañero.

—Pues trato cerrado. Empiece usted por afeitarme á mí que después vendrá mi compañero.

Y no cayendo el barbero en la cuenta, á su vez afeitó al campesino y luego tuvo que afeitar á su compañero, que era el burro, no valiéndole protestar de

la mala partida, porque el trato es trato.

Comentario del suscriptor á cuya amabilidad debemos este cuento: ¿No les parece á ustedes que después de haber dado el Gobierno tantas bromas pesadas á los constitucionales, no tiene derecho de quejarse de la jugarreta que éstos le están preparando?

XXXVI

A un candidato á diputado á Cortes que andaba recorriendo un distrito rural en una de las provincias del Noroeste, le ocurrió afeitarse en una pobre aldea en que no había barbero.

Reunido el consejo de electores influyentes para arreglar la mejor manera de que se afeitara el señor diputado con el menor riesgo posible, resultó que todos los circunstantes sabían afeitarse bien ó mal á sí propios, pero no sabían extender á los demás el beneficio de su propia

ciencia, como les suele pasar á muchos hombres importantes.

—Mire usted, señor,—dijo uno,—llamaremos al tío Francisco, el de Arriba, que ha servido al rey y trajo de allá un verdugillo muy superior: ya en otras ocasiones ha afeitado á otros señores que han venido á *hacer votos*.

Llamado el tío Francisco, acudió en seguida con una bolsa de badana debajo del brazo. Sentóse el candidato en un taburete, y con un cazo de agua caliente y un trozo de jabón de untar el carro, lo bañó y le puso de espuma que no podía ni abrir los ojos. Después cogió el verdugillo con una mano, con la otra la nariz del personaje político, y le afeitó de un golpe el carrillo derecho. Pasó al izquierdo é hizo otro tanto, y de dos ó tres raspaduras recorrió los labios y la barba.

Maravillado se quedó el candidato de la prontitud de la operación, mientras los electores ponderaban la buena mano del tío Francisco, con estos y otros extremos:

—¿No se lo decíamos á usted?

—¡Si no sé cómo este hombre no ha puesto una barbería en la ciudad!...

Mas corriendo el día, cuando el afeitado llegó á otro pueblo, donde por casualidad se encontró delante de un espejo, notó que estaba como si le hubieran afeitado para servir de gracioso en una comedia. El improvisado barbero no le había cortado; pero le había dejado la mitad de las barbas.

Y he aquí un cuento que, en rigor, no puede aplicarse á los conservadores.

Afeitan muy mal, y ponen al país hecho una lástima.

Pero dejarle barbas, eso no; no le dejan ni un cañón siquiera.

XXXVII

Timoteo era un buen muchacho que, trabajando de día y de noche y privándose hasta de lo más necesario, consi-



guió reunir en media docena de años un pequeño capital para establecerse.

Y como Timoteo era barbero, naturalmente, pensó en poner una barbería; pero como al mismo tiempo, según dejamos dicho, era un buen muchacho, no quiso ponerla en su pueblo para no hacer competencia á su antiguo maestro, y se fué á Sevilla.

En Sevilla alquiló una tienducha de mala muerte, y para llamar la atención la hizo empapelar lujosamente y poner medias cañas doradas en los ángulos de las paredes y del techo; compró dos espejos y media docena de cuadros, como complemento de la decoración, y... cáta-te á Timoteo dueño de la barbería más elegante de Sevilla.

Aún no hacía una semana que Timoteo había abierto su establecimiento, cuando una noche, estando reunidos alrededor de una mesa de café seis ó siete mozalbetes de buen humor, hablando de la nueva barbería, se le ocurrió decir á uno:

—¿Queréis que en cuatro días le éche-

mos á perder la tienda á Timoteo, obligándole á hacer más agujeros en las paredes que tiene una flauta?

Aceptado el pensamiento por los oyentes, continuó el chusco:

—Pues mañana vas á ir tú á afeitarte, y pasado tú, y así sucesivamente todos, y fijándoos en un cuadro cualquiera, diréis á Timoteo que lo cambie de sitio, porque donde está no luce todo lo que debe lucir, y como á Timoteo se le ha subido la tienda á la cabeza, y no sabe qué hacer para complacer á sus parroquianos, pondrá en baile los cuadros, y dentro de tantos días como somos nosotros, habrá otros tantos agujeros en las paredes.

—Maestro—dijo al día siguiente á Timoteo uno de los conspiradores después de afeitarse—ese cuadro no está ahí en buena luz; debe usted ponerle más á la derecha.

Y en el primer momento que tuvo Timoteo de descanso, descolgó el cuadro y le puso más á la derecha.

—Maestro—le dijo al otro día el conspirador que estaba de turno—ese cuadro no está bien ahí; debe usted colocarle más á la izquierda.

Y en el primer momento de descanso que tuvo Timoteo, colocó el cuadro más á la izquierda.

Esta escena, repetida hasta lo infinito, porque habiéndose hecho pública la broma, habían ido engrosando las filas de los conspiradores, acabó por escamar al pobre Timoteo; y un día, en el colmo de la indignación, colocó los cuadros en su primitivo sitio, y no contento con esto, puso á la puerta de la tienda un cartel que decía en letras como puños:

ESTA TIENDA ES DE TIMOTEO.

AL QUE LE PAREZCA MAL QUE SE VAYA A
PASEO,

Y AL QUE LE PAREZCA BIEN...

QUE SE VAYA A PASEO TAMBIÉN.

Este cartel es tan perfectamente aplicable á la situación, que estaría tan en

su lugar en la presidencia del Consejo de ministros, como en la tienda de Timoteo.

XXXVIII

Un elevado personaje que tomó parte muy activa en la primera guerra civil, cuando se cansó de estar emigrado en Italia, se vino á Madrid.

—¡Hombre! ¿Quién te conoce así?—le dijo una elevada señora cuya agudeza ha celebrado todo el mundo.—¡Si me han dicho que tenías unas barbas tan largas, y ahora tan afeitado como te has puesto!...

—Sí—contestó el interpelado;—es que había hecho voto de no quitarme las barbas hasta no entrar triunfante en Madrid; pero como ya no podía menos de volver, me afeité al entrar en el buque.

—Sí, vamos, dijiste: ¿pelillos á la mar?

Los moderados también parece que habían hecho voto de no afeitarse mientras no se restableciera en España la unidad católica.

Pero al fin todos se van dejando afeitarse por Cánovas, para sentarse á la mesa del presupuesto, diciendo:

— ¡Pelillos á la mar!

XXXIX

Un admirador de Bretón de los Herreros hizo un viaje á Belchite con el único objeto de estudiar sobre el terreno los rasgos salientes del carácter aragonés, tan admirablemente reunidos y condensados en el protagonista de *El pelo de la Dehesa*, D. Frutos Calamocha, por el príncipe de nuestro teatro cómico. Y llegado que hubo, hizo lo que hacen todos los viajeros antes de echarse á la calle para despachar sus negocios, ó para satisfacer su curiosidad y recrear la vista:

llamar al barbero para que le afeitara.

En el pueblo no había más que dos, y el encargado de llamarle tuvo la habilidad de elegir el peor, mozo corpulento, vestido al uso del país, y al parecer más apto para manejar un azadón que una navaja.

Previo el baño con la tradicional bacía y la ya suprimida bola de jabón, entró la navaja á desempeñar su cometido, y no hay que decir cómo lo desempeñaría cuando á los primeros pases ya tenía nuestro viajero los ojos llenos de lágrimas; pero recordando que los aragoneses tienen un puño en cada brazo, como dice D. Frutos Calamocha, se limitó á decir á su verdugo con la mayor humildad:

—En Madrid afeitan tan bien, que á veces se queda uno dormido.

—¡Otra que Dios! —le contestó el mal llamado barbero.—Pues á los que se duermen allí, aquí les despertamos.

Y continuó tirando de la navaja.

Si el país se hubiera dormido en ma-

nos de la Revolución, los conservadores le hubieran despertado indudablemente.

XL

Dos gitanos entraron en una barbería para que les mondaran el rostro, y el barbero se puso á hacerlo con tanta energía y tan poca maña, que al primero de los pacientes le corrían las lágrimas sin poder contenerlas.

—Compare— le preguntó el otro—¿por qué yora ozté?

—Caye ozté compare—le contestó la víctima, que profesaba el principio de mal de muchos consuelo de tontos—me he afligido, porque al ver la cara der maestro se me ha venío á la memoria la probecita de mi agüela, que en pá escanse, y que yo quería con faitiga.

Tocóle el turno al otro, y al minuto estaba también llorando á lágrima viva.

—¿Por qué yora ozté, compare?—le preguntó el primero.

—Yo, por ná.

—Pero ¿qué ez ezo? ¿Tiene ozté alguna desazón?

—Naa, hombre, es que me estoy acordando de la sinvergonzona de zu abuela de ozté, que mal rayo la parta.

Así diría acaso el país cuando le gobernarán los de la fusión, si llegaran á gobernarle.

—Lloro, porque me estoy acordando de los... conservadores liberales, que mal rayo los parta.

XLI

Entró un pobre hombre en una barbería á sacarse una muela, y dijo al dependiente, en cuyas manos le tocó caer, cuál era la dañada; pero el dependiente se equivocó, y por sacarle la dañada le sacó la que estaba al lado.

—¡Bárbaro!...—exclamó el paciente haciendo ademán de levantarse para cerrar con él á puñetazos.

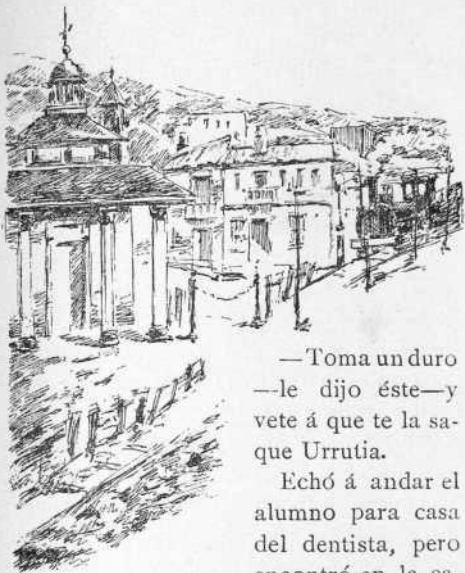
—Cállese usted, si no quiere ser tan bárbaro como yo—le contestó el dependiente, sacándole de otro tirón la muela dañada—porque si le oye á usted el amo le va á cobrar las dos.

Compañero: según el cariz que empieza á tomar el horizonte, á nosotros pudiera sucedernos más que eso.

Que nos condenaran á pagar las muelas que los fusionistas están sacando al Gobierno conservador.

XLII

En una pintoresca y vetusta ciudad por donde pasa el ferrocarril del Noroeste, le dolía ferozmente una muela á un estudiante del Instituto, y fué á quejarse á su abuelo.



—Toma un duro
—le dijo éste—y
vete á que te la sa-
que Urrutia.

Echó á andar el
alumno para casa
del dentista, pero
encontró en la ca-

lle á tres de sus amigos más íntimos, y
hablaron de este modo:

—¿A dónde vas tan corriendo?

—Estoy rabiando de una muela; venid
conmigo, que me la voy á sacar á casa
de Urrutia.

—¡Chico! ¿Y te vas á gastar un duro?

—Me le acaba de dar mi abuelo para que vaya—dijo el doliente abriendo la mano y enseñando el duro á sus amigos.

—Pero hombre—repuso uno de aquéllos—el que te le acabe de dar tu abuelo no me parece motivo suficiente para que vayas á gastarle sin sustancia. Oye un plan. En lugar de ir á casa de Urrutia, que te arranca la muela y el duro, vamos á la barbería de Lindoso, que te saca la muela lo mismo por una peseta; luego... nos quedan cuatro: cuatro somos nosotros, vamos á *El Iris*, tomamos café, copa y puro, y verás qué tarde pasamos tan alegre.

Hablaron en igual sentido que éste los otros dos amigos, y reforzaron tanto sus argumentos, que el paciente se dejó convencer y se fué á la barbería, donde al sexto ó sétimo tirón con un antidiluviano *gatillo* le arrancó el barbero la muela, y á poco más la quijada.

—¿Lo ves?—le decía una hora después en la mesa del café el autor del plan.—

Si no hubieras tomado mi consejo, no nos hubieran quedado las cuatro pesetas, ni hubiéramos podido saborear este café, ni este rom, ni chupar este cigarro, ni tener, en fin, esta tarde de *gaudeamus*.

—Sí—contestó el martirizado llevándose todavía la mano al carrillo—pero el caso es que el *gaudeamus* es para todos, y principalmente para vosotros, y yo sólo fuí el que sufrí los tirones.

Así puede decir el país contribuyente cuando los conservadores le digan, verbigracia, que la cosa va muy bien, y que ellos han obtenido ó van á obtener este ó el otro empleo pingüe.

—Para vosotros es el *gaudeamus*, pero los dolores son para mí.

XLIII

Entró un forastero en una barbería donde, para lisonjear el amor propio de los parroquianos, había tres departamen-

tos, uno de primera, otro de segunda y otro de tercera clase.

El forastero optó por el departamento de segunda clase, creyendo que así conciliaba la economía con el buen gusto.

Entró, se sentó, le pusieron el paño y le bañaron; y cuando el dependiente se disponía á esgrimir la navaja, se oyeron unos gritos que partían del departamento de primera clase.

—¿Qué es eso?—preguntó el parroquiano sobresaltado.

—Nada—le contestó el dependiente—algún parroquiano á quien le habrán llevado medio carrillo.

—Pues permítame usted que me retire, porque si en el departamento de primera clase les llevan á los parroquianos medio carrillo, en el de segunda, lógicamente, deben de llevarles el carrillo entero.

Y cogiendo el sombrero, se fué.

Lo mismo decimos nosotros cuando oímos á los conservadores tildar de facciosos á los periódicos fusionistas.

Si á los periódicos fusionistas que, más próximos ó más lejanos, al fin son parientes de la situación, les tratan así, ¿cómo nos tratarían á nosotros, que somos forasteros, como el protagonista de este cuento?

XLIV

Dos jóvenes, desocupados, y aspirantes lo menos á gobernadores civiles, iban por la calle; y uno de ellos, que se las echaba de frenólogo, le dijo á su amigo:

—Mira este mozo de cordel qué cara tiene de bruto; no hay más que verle. Y debe de ser además muy amigo de dinero. Estoy seguro de que por dos cuartos se deja arrancar una muela.

—Hombre, no sé en qué te fundas—dijo el otro.

—Vas á verlo—replicó el primero.

—Oye tú—dijo, dirigiéndose al mozo

de cordel.—¿No eres amigo del dinero? Si te dejas arrancar una muela, te doy dos cuartos.

—No, señor: el dinero sí me gusta, pero dos cuartos es poco.

—¿Lo ves?—le dijo el frenólogo á su amigo.—Por poco más se deja. Te daré una peseta—dijo al mozo de cordel.

—No, señor, una peseta es muy poco.

Y dale arriba, dale abajo, llegó el presumido de listo á ofrecerle un duro, en cuya cantidad quedó cerrado el trato, y se íeron á una barbería.

—A ver si le saca usted á éste una muela—dijo el que pagaba.

—¿Cuál es la que le duele?—preguntó el barbero.

—Ninguna—respondió, dándose pisto el aspirante á gobernador;—se la saca porque yo le dé un duro.

—¡Ah!—dijo el barbero, preparándose á funcionar con el mayor desembarazo. Y añadió cuando tenía la llave en la boca del mozo de cordel.

—Ea, pues, ¿cuál saco?

—Cualquiera—dijo la víctima;—esa primera del lado izquierdo, si es lo mismo.

—Lo mismo—dijeron á la vez el joven y el barbero, y éste, cuando había concluído de decirlo, ya le había echado la muela fuera.

—Trato es trato—dijo el pollo:—tome usted el duro.

—Gracias, señorito—dijo el mozo, metiéndose el duro en el bolsillo, y añadió mirando á la muela:

—¡Quince noches hacía que no me dejaba dormir la maldita!

Así dicen los conservadores liberales cuando, creyendo causarles gran pena, deja su destino algún alto funcionario para marcharse á la fusión.

—No deseábamos otra cosa.

Y así diría el país si hubiera quien por dinero, ó aunque fuera de balde, le llevara el Gobierno de los liberales con servadores.

CONCLUSIÓN

Señor redactor encargado de la sección de *Política menuda* de *El Siglo Futuro*:

Muy señor mío y respetable compañero: Nunca ha estado el orden público más amenazado que lo que estamos nosotros en este momento. Ni por consecuencia de la fusión de 1843, ni por efecto de la fusión de 1868, ni ante los síntomas que presenta la fusión de 1880, que son las tres fusiones más célebres de nuestra historia.

Yo, antes tenía barbería fija como los antiguos políticos tenían partido fijo;

pero desde que provocó su apreciable periódico esta batalla de cuentos, ando al salto de mata, es decir, de barbería en barbería, ó como si dijéramos, de partido en partido, como los políticos modernos, dando la preferencia á aquéllas en que tengo la seguridad de que no me conozcan, y pongan en acción, en el escenario de mi cara, no ya mis cuentos, sino los de usted, que es la única honra que, viniendo de tan buena parte, me atrevería á declinar.

Pues bien, estando ayer afeitándome tranquilamente en una de esas barberías, entró un caballero que tenía todo el aspecto de un diputado ministerial, por lo lánguido del semblante, que es en lo que ahora se diferencian los diputados de la oposición de los diputados de la mayoría, se sentó á esperar vez, y cogiendo *El Imparcial*, dijo con voz campanuda:

—¿Cuándo se cansarán de contar cuentos de barberos *El Siglo Futuro* y *El Imparcial*? No deben de haber conocido que el público se ha cansado ya de leerlos.

—A mí hace mucho tiempo que me cargan—dijo desde el otro extremo del salón el maestro, que estaba rizando el pelo á un polio apenas salido del cascarón, y que dijo, echando su cuarto á espaldas en este diálogo, que yo oía sin pestañear:

—Decididamente, *El Siglo Futuro* y *El Imparcial* les han tomado á ustedes por molde de tontos.

Entonces sonó más cerca de mi propio oído una voz que exclamó:

—¡Si cayeran en mis manos esos señores periodistas que se están divirtiendo con nosotros!... Los había de afeitar de limosna.

¡Era la voz del dependiente que me estaba afeitando y que esgrimía la navaja con furor!

Yo no sé lo que pasó por mí en aquel momento, pero debí palidecer horriblemente, cuando el dependiente me preguntó:

—¿Se ha puesto usted malo, caballero?

—No, señor—creo que le contesté—he

estado enfermo unos días, y son las consecuencias de la debilidad.—

Esta es nuestra situación, compañero; y creyendo cumplir con los deberes que impone este nombre, me dirijo á usted en consulta de cuál de los dos términos del terrible dilema en que nos encontramos encerrados, debemos elegir, ó dejar de contar cuentos de barberos, ó dejarnos la barba.

Espero su contestación, advirtiéndole que de optar por el último, me condenaría usted á estar en perpetuo desacuerdo con mi partida de bautismo, porque entre mi barba y yo hay lo menos diez años de diferencia: la tengo casi blanca.

De usted afectísimo compañero, seguro servidor Q. B. S. M., El redactor encargado de la sección de *Miscelánea política* de *El Imparcial*.

Señor redactor encargado de la sección de *Miscelánea política* de *El Imparcial*.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Estoy enteramente de acuerdo con usted en la necesidad de dejarnos de cuentos... de barbería, no porque al terrible dilema por usted propuesto no se le pudiera hallar un tercer término, el de afeitarnos solos (sistema conservador), sino porque esta mañana he recibido por el correo interior la siguiente confidencia: «Querido A.: Sé positivamente que afeitándose ayer el Sr. Blas, que felizmente rige en la fiscalía de imprenta, se puso á leer en *El Imparcial* los cuentos de afeitarse de este diario y de *El Siglo Futuro*. No sé cuál de ellos le tentó á risa, lo cual fué ocasión de que el barbero, sin poderlo remediar, le señalase un rasguño. Excusado es decir que esto le puso de un humor endiablado, y salió protestando denunciar los primeros cuentos de barbería que tengan algún pelo. Te lo avisa para tu gobierno tu afectísimo, R.»

Ya ve usted que esto es más grave to-

davía. Conque, por mi parte, renuncio á seguir contando cuentos de esa índole.

De usted afectísimo y S. S. Q. B. S. M.,
El redactor encargado de la sección de
Política menuda de *El Siglo Futuro*.

Cuentos varios

I

Fernando VII profesaba gran afecto al inolvidable Antonio Guzmán; pero como el afecto de los reyes es siempre disputado, no faltó quien, para entibiarse, echara á volar en palacio la especie de que el célebre actor había sido miliciano en la primera época constitucional.

Llegó á oídos de D. Fernando, y la primera vez que Guzmán se presentó en palacio, le preguntó el rey:

—¿Es verdad que has sido miliciano, Antonio?

—Sí, señor; y de caballería —le contestó Guzmán con el aplomo y la serenidad que constituían la base de su talento cómico.

—¿Y cómo has dejado de serlo?—replicó Fernando.

—Señor—repuso Guzmán, lanzando un suspiro —porque se me murió el caballo.

Al paso que van las cosas, pronto podrán decir todos los conservadores liberales lo mismo que el inolvidable Guzmán.

Porque al que no se le ha muerto el caballo le tiene enfermo de gravedad.

Y ahí están, que no nos dejarán mentir, los Sres. Fabié, Martínez Campos, Albacete, duque de Tetuán, etc., etc.

EX-conservadores liberales porque se les ha muerto el caballo.

E. H.

II

Preguntaron á un médico á quien se le moría toda la clientela:

—Doctor, ¿qué tal van los enfermos?

El doctor, que no quería mentir ni desconceptuarse, contestó:

—Hombre, bien; todos van para arriba.

Y era que el cementerio se hallaba en lo alto de un cerro.

Lo mismo les pasa á los ministeriales. Van para arriba.

E. H.

III

Doña Tecla de Alvarado era una pobre señora, casada con un calavera deshecho, y se pasaba los días y las noches

rogando á Dios que trajese á su marido al camino del bien.

No parecía Dios escuchar la petición de la pobre doña Tecla; pero un día el calavera del marido se murió, víctima quizá de sus excesos, y la buena señora exclamó sencillamente:

—¡Bendito sea el Señor, que me ha dado más de lo que le pedía!

Lo mismo les ha pasado á los diputados harineros. Pedían que no se bajaran más de á 15 pesetas los derechos de importación de harinas extranjeras en Cuba, y al ver que se les dejan las 21 pesetas que ahora rigen, no han podido menos de exclamar: ¡Bendito sea el Señor... Romero Robledo, que nos da más de lo que pedíamos!

Y si el país no la tuviera por imposible y pidiera á Dios la enmienda de los conservadores, también diría lo mismo que doña Tecla el día en que cayera el Gobierno.



IV

Alquiló un picador un cuarto entresuelo en una casa de la calle de San Agustín, y después de hecho el recibo se encontró á un amigo y le dijo adónde se mudaba.

—Tú estás empecatado—le contestó su amigo.—¡Pues si en esa casa acaba de morir una persona del tifus!...

No necesitó más el picador para echar

á correr en busca del casero, que estaba precisamente dando órdenes á un maestro de albañil para que pusiera el cuarto de recibo.

—Para servir á usted.

—Sea usted muy bien venido.

—Vengo á decirle á usted que no hay nada de lo dicho, y á que me devuelva mi dinero, pues no me mudo.

—¡Hombre! ¿Y por qué?

—Porque en el cuarto se ha muerto una persona del tifus.

—Se blanqueará el cuarto.

—No me mudo.

—Se picarán las paredes.

—Ni aunque las banderilleen... No me mudo.

Ya lo sabe el Sr. Cánovas, no haga caso de lo que le digan Pidal y Canga Argüelles...

Los carlistas no nos mudamos.

A. DE V.

V

Un gran duque de Italia, antes de que Italia hiciera tabla rasa de los grandes ducados, siempre que iba á París, una de las primeras visitas era para Rossini, tanto por la antigua amistad que le unía con su padre, cuanto por sus propias aficiones artísticas.

Una mañana, el gran duque se presentó en casa del célebre maestro, en ocasión en que estaba afeitándose, y después de suplicarle que no interrumpiera su prosaica ocupación, y mientras la terminaba, se sentó al piano y empezó á preludiar los trozos más notables de las óperas del autor del *Barbero de Sevilla*.

El maestro hubiera pasado de buena gana sin aquel inesperado concierto matinal; pero dadas las condiciones de su caracter, excesivamente benévolo, le oyó, le soportó, y le aplaudió con la sonrisa en los labios.

—Con la mano derecha —le dijo el gran

duque, sin dejar de tocar—hago lo que quiero, pero con la izquierda todavía no he conseguido dar más que dos notas.

—La tónica y la dominante—se apresuró á reponer Rossini.

—No sé cómo se llaman, pero siempre me sucede lo mismo, siempre.

—Eso revela—replicó gravemente el maestro—la firmeza de vuestro carácter.

Lo mismo le sucede al partido conservador liberal con los constitucionales que al gran duque de esta anécdota con la mano izquierda.

Quieren dar la nota Sagasta, pero, sin saber por qué, siempre que ponen la mano en el piano, ó dan la nota Cánovas ó dan la nota Martínez Campos.

Postdata:

Desde que se publicó este cuento, muchos conservadores liberales han adelantado tanto en el piano, que ya dan casi mejor con la mano izquierda la nota *Sagasta* que con la mano derecha la nota *Cánovas*.

E. H.

VI

Un moro que vendía dátiles en una plaza de Cádiz, en tiempo de la guerra de Africa, observó que todos los días se sentaba á corta distancia suya un muchacho que no le quitaba ojo.

Los moros son supersticiosos, y creyendo de mal agüero la compañía del muchacho, sus miradas penetrantes y su silencio pertinaz, levantó la tienda, que se reducía á la banasta de los dátiles, y la puso en otra plaza, pero sin el resultado apetecido, porque lo primero que vió á la mañana siguiente, al reconocer sus nuevos dominios, fué... al muchacho de todos los días.

Cambió por tercera vez de puesto, y no sabiendo ya qué hacer para libertarse de aquella persecución, rogó al dueño de una tienda inmediata que preguntara al muchacho qué hacía allí á todas horas, á

lo cual contestó el muchacho extendiendo la mano hacia la banasta del moro:

—Estoy esperando el parte de la toma de Tetuán para comerme todos esos dátiles.

Este chico debía de saber por intuición, que es el secreto de la mayor parte de nuestros sabios, aquel proverbio árabe, que dice:

—Si quieres ver pasar el cadáver de tu enemigo, siéntate á la puerta de tu casa y espera.

No crean ustedes que es Sagasta el chico del cuento.

Se parece, pero no es él.

E. H.

VII

Una vez había un matrimonio que debía de ser de la fábrica de Montero Ríos por lo mal arreglado.

Gastaba más de lo que tenía, como hacen todos los Gobiernos liberales en España, y un día se pusieron marido y

mujer á considerar su situación y tratar de hacer economías, con tanta formalidad, como las comisiones de presupuestos, que siempre acaban por aumentar los gastos.

—Suprimiremos el abono al Real.

—¡Qué disparate! ¡Qué dirán las niñas! En ese caso suprimir el coche.

—¡Cál eso mucho menos. ¡Pues no faltaba más! Eso lo último.

Y así de uno en otro fueron recorriendo todos los gastos, y no se les ocurrió suprimir más que el farol de la escalera.

Pocas noches después el marido, que solía retirarse tarde, entró en el portal sin luz y se rompió la crisma.

Los conservadores, según dice *La Correspondencia*, no han encontrado ninguna partida en el presupuesto que cercenar más que la partida de obligaciones del clero, en donde suprimen 221.716 pesetas; es decir, el farol de la escalera...

Ya verán ustedes cómo se estrellan cualquiera noche.

VIII

Un entremetido se fué á una boda sin haber sido convidado, y se sentó casi á la cabecera de la mesa.

Los dueños de la casa, que andaban acomodando la gente, no se atrevían á mandarle marchar, pero cada vez que entraba un nuevo convidado le decían al intruso: «¡Si hiciera usted el obsequio de correrse un poco más allá!»

La intimación se repitió tantas veces, que el intruso se halló al extremo de la mesa, y como allí se la repitieran todavía, tomó el sombrero y se fué de la casa y aun del pueblo.

Había andado unas dos leguas cuando encontró á un hombre vestido de domingo, que venía en dirección opuesta.

—¿Va usted por casualidad á la boda que hay en aquel pueblo?—le preguntó.

--Sí, señor, para lo que usted mande.

—Pues dígales usted á los dueños de la casa que me ha encontrado usted aquí, y que si no estoy bastante lejos todavía me correré *más allá*.

La Correspondencia dijo hace un mes que el Sr. Orovio abandonaría en breve el ministerio de Hacienda, que aún habitaba, y se trasladaría á su casa.

Y hoy, no contenta con que el señor Orovio se trasladará á su casa, dice:

«Muy en breve saldrá para la Rioja el marqués de Orovio.»

No sabemos si en la Rioja estará bastante lejos para *La Correspondencia*, ó para el Sr. Cos-Gayón, el Sr. Orovio.

A. DE V.

IX

Estos eran dos soldados y se encontraron media peseta.

Decididos á disfrutarla en buena armonía, propuso el más listo al que no lo era tanto, invertirla en un cigarro bueno.

—Mejor será comprar dos de á real y fumaremos uno cada uno—observó el menos listo.

—No; vale más comprar uno solo de dos reales, que son mucho mejores, y nos le fumamos á medias.

Cerrado el trato, compraron una *brevia* de dos reales, y el menos avisado de los amigos, dijo:

—Ahora, ¿le partiremos?

—Hombre, no; partiéndole se echa á perder—le contestó el otro.

—¿Pues no has dicho que nos le fumaríamos á medias?

—Es verdad; pero mira, podemos fumarle á medias de este otro modo: yo fumo y tú escupes.

Los constitucionales y los conservadores han convenido en fumar á medias la *brevia* del presupuesto. Cinco años hace ya que los conservadores fuman.

Y los constitucionales... escupen.

A. DE V.

X

Un joven hacía el amor á una señorita, la acompañaba en el paseo, iba á su casa, tenía con ella en presencia de la mamá interminables coloquios y no pasaba de ahí.

La mamá de la niña, fastidiada ya de aquellas relaciones que no iban ni atrás ni adelante, decidió formalmente abordar al novio, y así lo hizo.

Dióse maña una noche de que la niña se saliera del gabinete, y quedándose sola ella con el codiciado para yerno, comenzó con mil trabajos á decirle:

—Caballero... yo quisiera saber... es un decir... pero el mundo es muy malo... y luego la gente... y sobre todo las mujeres luego dicen... y una mujer es cosa tan delicada... y, como usted comprenderá, una no tiene más remedio que... porque ya ve usted... yo creo que usted es un caballero...

—¡Ah! ¡sí, señora! —la interrumpió aquí el novio.

—Sí, nunca lo he dudado, prosiguió la mamá... por eso mismo... yo quisiera saber, el fin... es decir, la causa... vamos, desearía saber, naturalmente, al venir usted tanto aquí... desearía saber cuáles son las ideas de usted...

—Señora— dijo el novio levantándose—yo soy liberal, muy liberal...

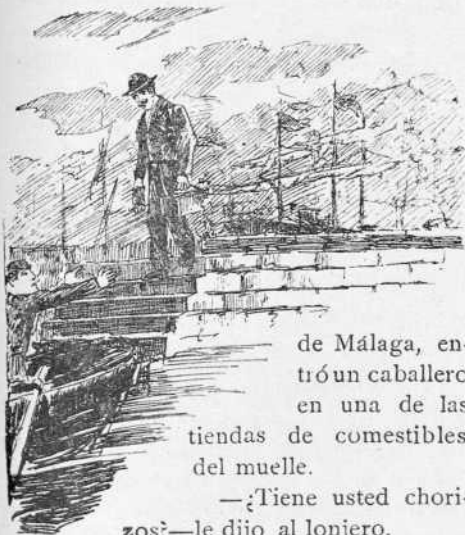
Y tomando el sombrero se fué, sin que volviera á parecer por la casa.

Nos ha recordado este cuento la salida del Sr. Sagasta, que apremiado ayer para que presentara el programa del partido constitucional, dijo que lo que podía decir era que presentaría soluciones inspiradas en su espíritu liberal, tan liberal como lo permitiera... etc.

No hay más sino que el Sr. Sagasta, aunque coja el sombrero, no se va; y si se va, vuelve.

XI

Balanceándose mucho, porque estaba picada la mar, y dando largos silbidos un vaporcito que iba á zarpar del puerto



de Málaga, entró un caballero en una de las tiendas de comestibles del muelle.

—¿Tiene usted chorizos?—le dijo al lonjero.

—Sí, señor—le contestó éste.

—Deme usted unos cuantos; aprisa, que me tengo que embarcar, y se va el buque.

—¿Quiere usted de los buenos?—le dijo el vendedor;—porque los tengo de varias clases...

—Hombre, no; aunque no sean muy buenos; porque... para volverlos en seguida...

Desde el año 48 no sabemos cuántas reformas totales y parciales ha sufrido el Código penal, pero sabemos que han sido muchas, y que, naturalmente, han durado muy poco, á causa de los mareos políticos.

Por eso no es de gran interés el que las reformas propuestas por el señor Bugallal sean ó no sean buenas.

Para volverlas en seguida...

A. DE V.

Dice *El Estandarte* que desde que han subido los conservadores al poder, se está desarrollando el bienestar y la prosperidad de una manera muy visible.

Esto merece un cuento.





A los gritos de
*¡No más calvos! pre-
medio infalible!*
vendía un charla-
tán en una feria de
León *las verdade-
ras pastillas para
hacer salir el pelo.*

—Esto es prodigioso—decía—es in-
falible; no hay más que frotar un poco
con la pastilla y en seguida sale...

—No le hagan ustedes caso, que no

sale—dijo dirigiéndose á los que se disponían á comprar el específico, un caballero de pelo ralo que había estado oyendo la arenga.

—¿Cómo que no sale?—le replicó el charlatán encarándose con él.

—Como que no sale—repuso el caballero.—Como que yo le compré á usted este invierno unas pastillas en la feria de Zamora, y he visto que no producen resultado.

—Porque no las sabrá usted usar—dijo el saltimbanquis sin desconcertarse lo más mínimo.

A ver... acérquese usted... haga usted el favor de acercarse—añadió con tal acento de convicción y de superioridad, que el interruptor le obedeció maquinalmente.

Cuando le tuvo á su lado, el charlatán le dió una pastilla y le dijo:

—Frótese usted bien la cabeza con ella... Así... Ahora arréglese usted el pelo—añadió—dándole un peine de asta.

El caballero se pasó varias veces el

peine por la cabeza, y al volvésele todo embozado al charlatán, le dijo éste al oído:

—¡Vaya! ¿Lo ve usted cómo sale?... Sale en el peine.

Así hacen los conservadores cuando suben al poder. Desarrollan la prosperidad y el bienestar en las casas de los conservadores.

A. DE V.

LOS DOS ÚLTIMOS CUENTOS

I

LOS GORRIONES SABIOS

Realmente, al contestarme el señor ministro de la Gobernación, no ha hecho más que decir los mismos argumentos que ha expuesto en la otra Cámara; sólo que S. S. tiene una desgracia. Si yo pudiera dar lecciones á S. S., no se las daría. ¿Y sabe S. S. por qué? Porque con su señoría me sucedería lo que se cuenta que pasó á cierto gorrión, que queriendo echar á volar á su hijuelo y darle algunas lecciones acerca de los accidentes á

que en la vida se exponía, le dijo entre otras cosas:

—Mira, hijo, ten cuidado con los muchachos; son nuestros más encarnizados enemigos; en el momento que veas alguno le sigues la pista, no le apartes los ojos, y cuando observes que se baja al suelo á coger una piedra, echa al momento á volar.

Dicen que el pequeñuelo respondió:

—Padre, ¿y si lleva la piedra en la mano?

—Entonces, hijo, puedes echarte á volar, porque ya sabes más que yo.
(*Risas.*)

(Del Sr. Sagasta.)

(*Diario de las Sesiones.*)

II

LO QUE NO PUEDE DECIRSE

Había un individuo muy aventurero, que estando de conversación con un novelista, le dijo:

—Novela buena é interesante la que se podría hacer, si yo le contara á usted los sucesos de mi vida.

El novelista cayó, naturalmente, en la tentación de explotar aquel filón, y le estimuló diciéndole:

—Estoy dispuesto á escucharle á usted, y le ruego que me los refiera.

Entonces, más cauto que el nuevo partido, el individuo aquél que iba á ofrecer la materia para la novela, después de meditarlo y de rascarse la frente, le dijo:

—Es el caso que lo que á mí me ha sucedido de interesante no se lo puedo

decir á usted, y lo que le puedo decir no tiene nada de interesante.

Pues esto precisamente sucede con el partido que está ya hecho y formado: que de lo que es interesante, que es la doctrina, no nos puede decir nada; y lo que nos puede decir, que es el deseo de que caiga el Gobierno, no tiene nada de interesante ni de nuevo. (*Risas.*)

(Del Sr. Romero Robledo.)

(*Diario de las Sesiones.*)

FIN



J. LERÍN

MENDIZÁBAL, NÚM. 10, MADRID

Obras en administración.

- ALCÁNTARA GARCÍA (P.) — De las teorías modernas acerca de la educación física; un tomo en 16.º: 0'60 pesetas.
- ANGELÓN (M.) — Flor de un día. Edición ilustrada; 8.º, cubierta al cromo: 3 pesetas.
- IDEM.—Espinass de una flor. Edición ilustrada, un tomo en 8.º, cubierta al cromo: 3 pesetas.
- BARTRINA (J. M.) — Algo. Colección de poesías originales é inéditas, ilustradas por J. L. Pellicer; un tomo en 8.º, cubierta en colores: 3 pesetas.
- CASTIÑEIRA (A.) — El teléfono. Teoría, descripción, etc., etc. Un tomo en 16.º, ilustrado: 0'75 pesetas.
- FLORES (E. A.) — Trata de blancas. Edición ilustrada; un tomo en 8.º, cubierta al cromo: 3 pesetas.
- GALLARDO LOBATO (J.) — El feudalismo moderno, ó los principios de un cacique. Un tomo en 8.º, cubierta ilustrada: 4 pesetas.
- GÓMEZ DE AMPUERO. — Polvos y lodos. Colección de novelitas festivas y agradables.; un tomo en 8.º, cubierta en colores: 1 peseta.
- GRAS Y ELÍAS (F.) — Romances de corte y villa. Edición ilustrada; un tomo en 8.º, cubierta al cromo: 2'50 pesetas.
- GUERRA (M. M.) — El Zodiaco. Cuentos y notas festivas. Edición ilustrada; un tomo en 8.º, cubierta en colores: 1 peseta.

MARTÍNEZ BARRIONUEVO (M.)—Venta de hijos. Edición ilustrada; un tomo en 8.^o, cubierta al cromo: 3'50 pesetas.

IDEM.—De pura sangre. Un tomo en 8.^o: 3'50 pesetas.

IDEM.—¡Andaluza! (Lágrimas, vino y coplas.) Un tomo en 8.^o: 3 pesetas.

PICÓN (J. O.)—Juan Vulgar. Un tomo en 8.^o: 3 pesetas.

IDEM.—La hijastra del amor. Un tomo en 8.^o: 4 pesetas.

IDEM.—El enemigo. Un tomo en 8.^o: 4 pesetas.

IDEM.—Dulce y sabrosa; 8.^o: 4 pesetas.

IDEM.—Novelitas; 8.^o: 3'50 pesetas.

IDEM.—Del teatro. (Lo que debe ser el drama.) Memoria leída en el Ateneo de Madrid. En 4.^o: 1 peseta.

IDEM.—Apuntes para la historia de la caricatura. En 4.^o: 2 pesetas.

SALAZAR (F.)—Poesía del porvenir. Edición ilustrada; un tomo en 8.^o con elegante cubierta al cromo: 2'50 pesetas.

URRECHA (Federico) y Angel R. CHAVES).—La hija de Miracielos y La cuerda del ahorcado. Un tomo en 8.^o: 2 pesetas.

VALBUENA.—Fe de erratas del Diccionario de la Academia. Tres tomos en 8.^o: 9 pesetas.

IDEM.—Historia del corazón. Idilio. Edición de gran lujo, con ilustraciones en cromotipia en cada página á varios colores. *En prensa.*

IDEM.—Agridulces (Políticos y literarios.) Dos tomos en 8.^o: 6 pesetas.

VITAL AZA.—Todo en broma. Versos con un prólogo de Jacinto Octavio Picón, un intermedio de José Estremera y un epílogo de Miguel Ramos Carrión; un tomo en 8.^o: 4 pesetas.

J. LERÍN

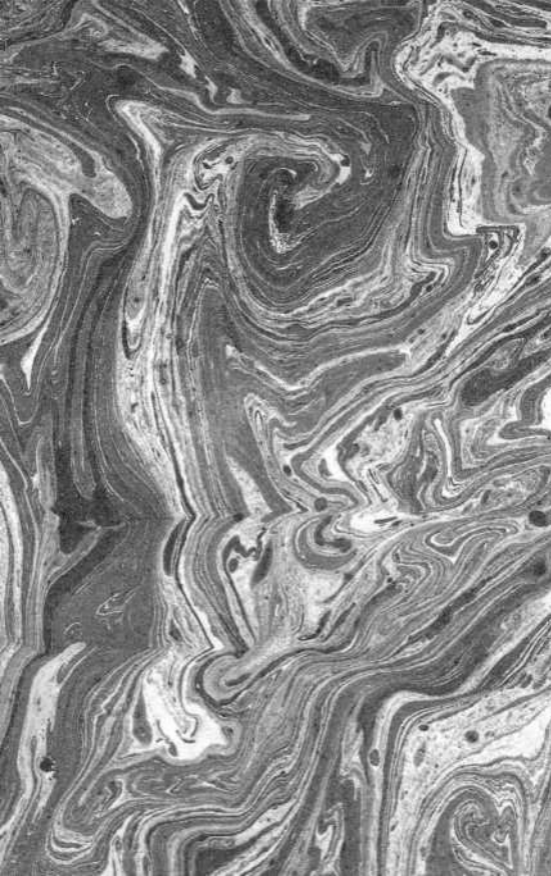
MENDIZÁBAL, NÚM. 10, MADRID

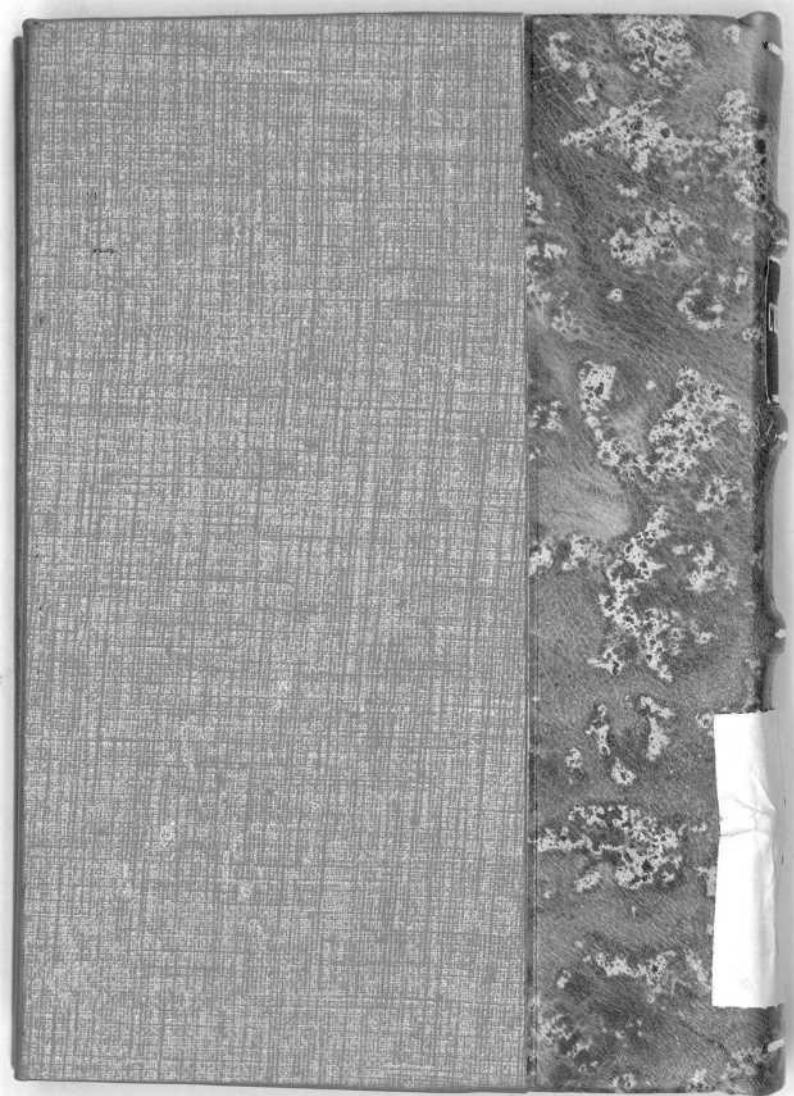
Obras en administración.

- ALCÁNTARA GARCÍA (P.)—De las teorías modernas acerca de la educación física; un tomo en 16.^o: 0'60 pesetas.
- ANGELÓN (M.)—Flor de un día. Edición ilustrada; 8.^o, cubierta al cromo: 3 pesetas.
- IDEM.—Espinass de una flor. Edición ilustrada, un tomo en 8.^o, cubierta al cromo: 3 pesetas.
- BARTRINA (J. M.)—Algo. Colección de poesías originales é inéditas, ilustradas por J. L. Pellicer; un tomo en 8.^o, cubierta en colores: 3 pesetas.
- CASTIÑEIRA (A.)—El teléfono. Teoría, descripción, etc., etc. Un tomo en 16.^o, ilustrado: 0'75 pesetas
- FLORES (E. A.)—Trata de blancas. Edición ilustrada; un tomo en 8.^o, cubierta al cromo: 3 pesetas.
- GALLARDO LOBATO (J.)—El feudalismo moderno, ó los principios de un cacique. Un tomo en 8.^o, cubierta ilustrada: 4 pesetas.
- GÓMEZ DE AMPUERO.—Polvos y lodos. Colección de novelitas festivas y agradables.; un tomo en 8.^o, cubierta en colores: 1 peseta.
- GRAS Y ELÍAS (F.)—Romances de corte y villa. Edición ilustrada; un tomo en 8.^o, cubierta al cromo: 2'50 pesetas.
- GUERRA (M. M.)—El Zodiaco. Cuentos y notas festivas. Edición ilustrada; un tomo en 8.^o, cubierta en colores: 1 peseta.

- MARTÍNEZ BARRIONUEVO (M.)—Venta de hijos. Edición ilustrada; un tomo en 8.^o, cubierta al cromo: 3'50 pesetas.
- IDEM.—De pura sangre. Un tomo en 8.^o: 3'50 pesetas.
- IDEM.—¡Andaluz! (Lágrimas, vino y coplas.) Un tomo en 8.^o: 3 pesetas.
- PICÓN (J. O.)—Juan Vulgar. Un tomo en 8.^o: 3 pesetas.
- IDEM.—La hijastra del amor. Un tomo en 8.^o: 4 pesetas.
- IDEM.—El enemigo. Un tomo en 8.^o: 4 pesetas.
- IDEM.—Dulce y sabrosa; 8.^o: 4 pesetas.
- IDEM.—Novelitas; 8.^o: 3'50 pesetas.
- IDEM.—Del teatro. (Lo que debe ser el drama.) Memoria leída en el Ateneo de Madrid. En 4.^o: 1 peseta.
- IDEM.—Apuntes para la historia de la caricatura. En 4.^o: 2 pesetas.
- SALAZAR (F.)—Poesía del porvenir. Edición ilustrada; un tomo en 8.^o con elegante cubierta al cromo: 2'50 pesetas.
- URRECIA (Federico) y Angel R. CHAVES.—La hija de Miracielos y La cuerda del ahorcado. Un tomo en 8.^o: 2 pesetas.
- VALBUENA.—Fe de erratas del Diccionario de la Academia. Tres tomos en 8.^o: 9 pesetas.
- IDEM.—Historia del corazón. Idilio. Edición de gran lujo, con ilustraciones en cromotipia en cada página á varios colores. *En prensa.*
- IDEM.—Agridulces (Políticos y literarios.) Dos tomos en 8.^o: 6 pesetas.
- VITAL AZA.—Todo en broma. Versos con un prólogo de Jacinto Octavio Picón, un intermedio de José Estremera y un epílogo de Miguel Ramos Carrión; un tomo en 8.^o: 4 pesetas.







CUENTOS

G 343349